

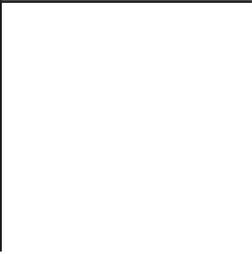
Mario Garelik

La historia *Grande* con letra *Chica*

2ª IMPRESIÓN

Algunos acontecimientos, indagaciones
y curiosidades de nuestra Argentina

EA/Editorial Ágora



Mario Garelik

**La historia grande
con letra chica**

*Algunos acontecimientos, indagaciones
y curiosidades de nuestra Argentina*

Editorial Ágora

Garelik, Mario

La historia grande con letra chica: algunos acontecimientos, indagaciones y curiosidades de nuestra Argentina.

1a ed. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Ágora, 2013.

210 p.; 14x20 cm.

ISBN 978-950-9553-58-3

1. Historia Argentina. I. Título

CDD 982

Fecha de catalogación: 11/04/2013

© **Editorial Ágora**

Ciudad Autónoma de Buenos Aires

www.editorialagora.com.ar

Fecha de segunda impresión: febrero de 2018

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Palabras previas del autor

Estas notas de divulgación salieron esporádicamente en el semanario Hoy, que dirige Eugenio Gastiazoro, a quien le estamos profundamente agradecidos por haberlos incorporados con cierta regularidad y por los aportes históricos y comentarios que hemos podido intercambiar.

La divulgación histórica cumple un papel importante, porque permite aportar detalles y acontecimientos que se encontraban ocultos o poco difundidos en las versiones oficiales de la historia argentina.

Los de este libro no están elegidos al azar, hemos tratado de divulgar, aquellos hechos, figuras y detalles que valía la pena actualizar y en algunos pocos casos, incorporamos elementos de investigación histórica, que modestamente ponemos a consideración de los lectores para abrir un debate.

Quien pretenda estudiar historia argentina con este libro, no lo logrará, porque el libro tiene sus limitaciones, pero quien quiera una aproximación disparadora a grandes temas y trincheras de nuestra historia, puede tener una herramienta útil.

Despertada la inquietud, hecha la luz sobre una posición tomada en temas polémicos, o denunciado un ocultamiento de los tantos que tiene nuestra historia, el lector podrá profundizar, disentir con nosotros, o aportar muchos más elementos en la misma dirección.

La historia son hechos del pasado, valorados e investigados en el presente, ergo un campo de batalla, totalmente actual, totalmente interesado, por la sencilla razón de que necesitamos saber de dónde venimos, para saber quiénes somos los argentinos.

Entre el 2010 y el 2016 transcurren los años del Bicentenario, el debate sobre qué nos pasó, y cómo esas lecturas del pasado constituyen una toma de posición actual, están en el orden del día.

Esperamos haber aportado, con modestia, elementos a este debate.

La fiebre amarilla y la guerra contra el Paraguay

En 1865, el general Mitre inició su campaña guerrerista diciendo: *“En tres días en los cuarteles, en tres semanas en los campos de batalla, y en tres meses en Asunción”*.

Comenzaba así una guerra injusta contra el pueblo paraguayo, que como todo pueblo que tiene la razón de su parte, opuso una resistencia heroica, dirigido por su líder Francisco Solano López.

No fueron días o meses: transcurrieron años, durante los cuales el liberalismo colonizante porteño y su matrimonio con los esclavistas del Brasil, más el impulso estratégico de los ingleses, obligaron a las tropas argentinas a combatir en la selva, pantanos, humedales; con calor, mosquitos y hambre, además de la dificultad psicológica con la que debe cargar todo invasor.

La guerra exterior fue usada por quienes la desataron para la opresión interior de provincias y caudillos que tenían una visión crítica de la guerra.

Este genocidio interior, que tuvo muchas aristas, trajo como “daño colateral” o “efecto no deseado” (fórmulas que hipócritamente usan los imperialistas en la actualidad para justificar las guerras), primero la epidemia de cólera (1867) que se llevó 8.000 muertos en Buenos Aires (entre ellos al vicepresidente de la Nación, Marcos Paz), y luego (1870) la epidemia de fiebre amarilla, “el vómito negro”, primero en Corrientes y luego en la ciudad de Buenos Aires.

El 21 de febrero de 1871 aparecieron los primeros muertos en Buenos Aires, contagiados de fiebre amarilla.

La ciudad dependía todavía de la provincia de Buenos Aires y era al mismo tiempo asiento del Gobierno Nacional. Quedó vacía de autoridades: huyeron todos y se produjo una gran vacancia de poder.

El gobierno, de hecho, quedó en manos de la Comisión Popular de Socorros, integrada por Carlos Guido y Spano, Evaristo Carriego (ambos conocidos como poetas), Aristóbulo del Valle y los médicos Eduardo Wilde (también escritor) y Guillermo Rawson. Las autoridades fugitivas y el vacío de poder fueron reflejados por el diario *La Prensa* del día 20 de marzo de 1871, con un editorial titulado “*Presidente huyendo*”.

Todo esto fue ocultado en la historia oficial por dos motivos: primero, impedir que se conociera que la epidemia fue consecuencia de la guerra contra el Paraguay; segundo, que el vacío de poder fue ocupado por opositores políticos que habían sido enemigos de esa guerra.

Tuvieron que pasar más de cien años hasta que Miguel Scena estudiara, en una monografía publicada en el año 1974, la epidemia de fiebre amarilla desde el punto de vista político. Su investigación aparece también en su recomendable libro *Cuando murió Buenos Aires*.

Durante la epidemia, no había cajones para cubrir la demanda, y a los muertos se los enterraba directamente en tierra, a razón de centenares por mes.

En el parque Ameghino, frente al hospital Muñiz, existe hoy un monumento a los caídos durante la epidemia. Publicado el libro de Scena, se descubrió que en ese lugar existía una fosa común.

Mitre y el estado de sitio

El 27 de enero de 1867, durante el gobierno del general Bartolomé Mitre, se aplicó por primera vez el estado de sitio, un recurso represivo, previsto en la Constitución Nacional.

Los opositores a la guerra genocida contra el pueblo paraguayo fueron entonces encarcelados en el Pontón Vigilante, una embarcación carbonera amarrada en la rada del puerto de Buenos Aires, y se dispuso la clausura de diarios de Buenos Aires y de Paraná.

Decía el decreto de clausura:

“...porque han tomado una dirección incompatible con el orden nacional, cometiendo delito que tiene pena fija y severa por las leyes de la Nación, cuya aplicación será oportunamente promovida, ante quien corresponda, pero entretanto, se hace necesario suprimir el escándalo de dichas publicaciones”.

La guerra contra el Paraguay servía así para definir temas con los opositores internos.

La democracia formal estaba de estreno —lo cual no quiere decir que se hubieran terminado los fusilamientos, los degüellos, los asesinatos por encargo, etc.— y con ella el estado de sitio.

La lección de un poeta

*Llora, llora urutaú,
En las ramas del yatay,
Ya no existe el Paraguay
Donde nació como tú...*

Estos versos de Carlos Guido y Spano recorrieron toda América, porque el artista logró volcar en su creación el sentimiento de amplias masas, contrario al genocidio del pueblo paraguayo.

Cuando se publicaron, el general Lucio Vicente Mansilla, en ese momento partidario de apoyar la guerra de la Triple Alianza contra el pueblo paraguayo, replicó: “El urutaú es un pájaro que no llora, y el yatay tiene hojas y no ramas, luego el Paraguay existe”.

Carlos Guido y Spano produjo en su respuesta una verdadera lección sobre método de pensamiento. Le escribió a Mansilla: “A la raíz, Lucio, a la raíz, y tú sabes que es menester buscarla en el vasto cementerio de una nación sacrificada”.

Como enseñó el poeta, es necesario ir siempre a la raíz, o sea a la esencia de las cosas, a lo que hace que sean así y no de otra manera. Aprender a separar las palabras de los hechos.

El general Gerónimo Costa fusilado en La Matanza

En 1856 se produce un levantamiento federal, encabezado por el general Gerónimo Costa y los coroneles León Benítez y Ramón Bustos. Ciento cincuenta hombres bajo su mando se sublevaron en Zárate ante el fraude electoral, lo denuncian y marchan sobre Buenos Aires.

Son rodeados en los campos de Villamayor, lo que es hoy el pueblo de Rafael Castillo, en La Matanza, por miles de efectivos que respondían al gobernador Obligado y al general Mitre.

Después de capitular, rindiéndose sin disparar un solo tiro y habiendo entregado las armas, fueron fusilados en el casco de la estancia Villamayor, donde se encontraban detenidos.

De los 150 quedaron sólo 14 con vida.

El general Jerónimo Costa, uno de los fusilados, había sido jefe de la Isla de Martín García durante la heroica batalla de la Vuelta de Obligado. En esa oportunidad fue derrotado y tomado prisionero por los franceses recién cuando se le terminaron las municiones. Fue fusilado a pesar de que ya se había dictado la Constitución Nacional, que formalmente determinaba la separación de poderes y prohibía a los gobernantes hacer justicia por mano propia.

La muerte fue ordenada por un decreto firmado por el gobernador de la Provincia de Buenos Aires Pastor Obligado, que entre otras cosas decía:

“... los individuos que hagan parte de los grupos anarquistas, capitaneados por el cabecilla Costa, y fuesen capturados, serán pasados por las armas inmediatamente [...] previo los auxilios espirituales.”

Los fusilamientos de La Matanza fueron denunciados por Rafael Hernández en el Senado, en su réplica al senador Antonio Bermejo. Este discurso de denuncia es poco conocido por los argentinos. Son varias las denuncias de Rafael Hernández que se mantienen en el olvido.

Nuestra historia –y la lucha política– está plagada de fusilamientos y degüellos. El del general Costa es uno más, ignorado, escondido de los manuales.

Es que la “historia” la escriben los que ganan.

Francisquillo y el Desbande de Basualdo

Durante la guerra contra el Paraguay, las tropas entrerrianas se rebelaron el 3 de julio de 1865 en lo que se conoce como “Desbande de Basualdo”. Una histórica negativa a ir a pelear contra los hermanos paraguayos y una de las grandes desobediencias patrióticas de la historia argentina.

El hecho, revolucionario, expresó un sentimiento popular contra una guerra injusta. Fue un éxito y es importante estudiarlo para la reconstrucción de la historia de las rebeliones populares argentinas.

En el “Desbande...” tuvo destacada actuación Francisco Fernández, Francisquillo, un intelectual olvidado, quien redactó las consignas y activó las relaciones entre la tropa y algunos jefes, lanzando la proclama “Volver a nuestras casas”.

Francisquillo fue además dramaturgo, y sus obras integran el patrimonio del teatro histórico nacional. Escribió *La triple Alianza*, *Sol de Mayo*, *Monteagudo*, *El beso de Chacabuco* y *Solanè*, obras representadas en Entre Ríos y Madrid. Su novela histórica *Clorinda* narra la masacre de Paysandú. Fue autor de un proyecto de ley para crear el instituto de Arte Dramático.

Formó parte de la resistencia interna a la guerra genocida contra el Paraguay, resistencia en la que participaron algunos intelectuales, que defendieron la dignidad del pueblo argentino.

El enfrentamiento al proyecto de los oligarcas bonaerenses les acarrió el ocultamiento de sus obras, el destierro y también el exilio.

La resistencia se expresó también en el periodismo y en la literatura. Los que resistieron con la espada fueron masacrados, como ocurrió en Cuyo y en el Noroeste de nuestra patria; los que resistieron con la pluma y la palabra, fueron condenados al ostracismo. Es tarea actual, desocultarlos.

Francisquillo en particular, buscaba en una “vuelta a Mayo de 1810”, el camino de una salida. También es cierto que para combatir a la oligarquía porteña, a menudo, por sus limitaciones de clase, se dejó tentar por otras oligarquías del interior.

Para hacer un análisis de clase correcto de este escritor, primero tenemos que sacarlo del olvido.

50 años de la muerte de Aníbal Montes

Se cumplieron 50 años de la muerte del teniente coronel Aníbal Montes, militar, ingeniero civil y uno de los investigadores de la antropología cultural.

Inventó los puentes móviles conocidos por su apellido (puentes Montes), que utilizan los ejércitos de varios países de América Latina y que tienen también uso civil en inundaciones y emergencias.

Estudió desde el punto de vista militar el Río Uruguay y participó de una delegación que compró armas para el Ejército Argentino en Europa, durante la “Década infame” de 1930.

A su regreso denunció un negociado con esa compra y quedó fuera del Ejército.

Radicado en Córdoba, se dedicó a la antropología, trabando amistad con Rodolfo Puigross, Rodolfo Mondolfo y especialmente con Alberto Rex González.

Su libro *Indígenas y conquistadores de Córdoba* estudia las relaciones de trabajo forzado a que fueron sometidos los pueblos originarios. Es un valioso aporte al conocimiento del tributo en trabajo que se les impuso, y tiene el mérito de investigar cómo continuó durante algunos años posteriores a la Revolución de Mayo.

En la década de 1950 fue reconocida parcialmente su labor, pudiendo escribir varios artículos en las publicaciones *La voz del interior*, *Los principios* y *Córdoba* (hoy lamentablemente dispersos).

Producido el golpe de 1955, perseguido por su adhesión al peronismo, se integra a los Institutos de Antropología, que luego conformarían la Universidad Nacional del Sur.

Murió en la extrema indigencia.

Dos películas sobre los pueblos originarios

En algunos momentos históricos, el naciente cine argentino reflejó las luchas de los pueblos originarios, como lo hizo por ejemplo el filme *El último malón*.

Es una obra del realizador Alcides Greca, que fue uno de los pioneros de la cinematografía nacional.

La filmó en 1917 y se refiere a los acontecimientos ocurridos durante el último levantamiento de pueblos originarios en tierras santafesinas.

En *El último malón*, Greca recrea los hechos con quienes fueron los protagonistas reales.

Esta película se consigue en archivos y museos etnográficos y es recomendable su difusión. Refleja otro hecho ocultado por la historia oficial.

En nuestros días, otra película recurre al testimonio oral de los sobrevivientes de una matanza: *Octubre Pilagá*, un documental de Valeria Mapelman.

Estos testimonios son una herramienta necesaria para reconstruir el genocidio de los pueblos originarios, y también para entender su sometimiento a formas de trabajo feudalizadas, como los obrajes o las reservas territoriales con pago colectivo, dentro de las cuales los capataces se quedaban con el dinero, obligándolos a trabajar a cambio de comida.

Tratan dos momentos históricos distintos, pero ambas películas son muy recomendables.

El compañero Anatole France en el Buenos Aires del primer Centenario

A raíz de los festejos del Primer Centenario, Anatole France, Clemenceau y Jean Jaurès, entre otros, llegaron a Buenos Aires para brindar conferencias en el marco de la euforia desatada por las clases dominantes.

Estas querían mostrarle al mundo que las arcas de los argentinos reventaban de trigo, de cebada, de carne congelada, y que tenían tanto dinero que no sabían qué hacer con él.

Todas las conferencias se dieron en el Teatro Odeón, y los tres monstruos sagrados desarrollaron distintas actividades mientras estuvieron en Buenos Aires.

Anatole France vino en el barco inglés *Amazon*. En el mismo viajaba además, una compañía de circo francés, para actuar en Buenos Aires.

Subieron a bordo del buque en 1909.

Al cruzar el Ecuador, una integrante de la compañía recitó un poema de Anatole France, con quien la coincidencia en el mismo barco fue obra de la casualidad. Desde ese momento, el famoso escritor y la actriz compartieron el camarote.

Ya en Buenos Aires, el juez Jaime Llavallol, un cholulo porteño que vivía con su madre en un palacio de la calle Uruburu 1222, invitó a la pareja para tener el honor de alojarlos en su domicilio.

La casa de tres pisos poseía una importante bodega que fue vaciada por el escritor, la actriz y los miembros de la compañía de circo, que retiraban botellas hasta por las ventanas.

El lugar todavía existe y es la sede actual del Instituto Göethe.

Los socialistas y anarquistas le pidieron una entrevista al compañero Anatole France para denunciar los terribles enfrentamientos del 1º de Mayo de 1909 en la Plaza Lorea, matanza que se conoce como “la primera Semana Trágica”.

El compañero Anatole France les respondió que lo dejaran en paz:

“No vine para hacer política, sino literatura, mis conferencias versan sobre Rabelais y no corresponde que opine sobre problemas internos de los argentinos”.

Luego de tal solidaridad con la clase obrera argentina, el poeta socialdemócrata regresó a Francia y el juez Llavallol continuó pagando cuentas en las perfumerías de Buenos Aires que Madame Anatole dejó a su nombre.

Clemenceau en Buenos Aires

Otro monstruo sagrado que nos visitó para el primer Centenario fue el *Tigre* Clemenceau, ex jefe de Estado de Francia, que también pronunció algunas conferencias en el Teatro Odeón.

Jefe del partido radical francés, viajó a la Argentina con un espíritu distinto al de Anatole France. Hombre de Estado, había gobernado Francia, había sido un partícipe destacado en el caso Dreyfus, despertaba entusiasmo y estaba dispuesto a estudiar las instituciones argentinas para influir en la adaptación del Estado argentino al camino del progreso que las clases dominantes señalaban como meta y programa político en ese momento histórico.

No se conoce el contenido completo de sus conferencias, sólo nos han llegado las crónicas de los diarios. Entre ellas, las del diario *La Nación*, cuyo comentarista fue Joaquín de Vedia, un estudioso constitucionalista.

De Vedia no era un periodista más, se trataba de un cuadro político de las clases dominantes. Sus crónicas en *La Nación* hacia el primer Centenario constituyen en sí mismas un objeto de investigación, para poder entender mejor la conformación histórica de la estructura constitucional que se fue organizando alrededor de la hegemonía alcanzada por los terratenientes argentinos y su subordinación al imperialismo inglés.

De esas crónicas se deduce que Clemenceau, en sus conferencias, criticó la dependencia del parlamento argentino hacia el poder Ejecutivo, el sistema electoral y las leyes obreras.

Lo presentó el Dr. Osvaldo Magnasco y es evidente que iniciaron una operación teórica y doctrinaria que preparaba la futura ley electoral de sufragio universal.

Clemenceau se entrevistó con el presidente Figueroa Alcorta y con la fórmula Sáenz Peña-Victorino de La Plaza, siendo notoria su simpatía por los últimos.

Visitó también instituciones como el Hospital Rivadavia y el Open Door, un hospital de psiquiatría dirigido por el Dr. Cabred, vinculado a la colectividad francesa. El profesional le explicó que los internos manejaban el jardín, la cocina, la limpieza etc., dando lugar a una anécdota jocosa. El visitante pregunta: “Entonces, ¿por qué no dirige un loco el Hospital? El Dr. Cabred responde en un perfecto francés: “¿Y usted cómo sabe que no es así...?”

Clemenceau viajó a Tucumán, donde los capitales franceses eran dueños del Ingenio Santa Ana, que dirigía su amigo Edmon Hilleret. Quedó asombrado por el grado de superexplotación de los obreros azucareros y escribió: “*Las leyes de protección obrera son desconocidas en Argentina*”.

Pasarían muchas décadas con igual sistema de trabajo, y los dueños de los ingenios amasando sus fortunas sobre la base de la superexplotación de los obreros del azúcar.

De regreso a Francia, el visitante escribió un libro de memorias del viaje, donde comentó que la clase dirigente argentina frecuentaba más Europa que Mendoza o Tucumán.

El positivismo filosófico en la Argentina del primer Centenario tenía su vocero sociológico en José María Ramos Mejía. Este había estudiado la situación de las clases trabajadoras aquí,

y estaba convencido de que la crisis del 90 era una crisis de legitimidad política, por lo tanto, observando la situación social, se preguntaba por una salida política que incorporase y pudiera contener a la multitud.

La economía argentina había incorporado a trabajadores y consumidores, una multitud ampliamente mayoritaria, que estaba excluida de la participación política, y era necesario contenerla en sus demandas. El dilema del momento era: reformismo político o represión. Tanto el positivismo filosófico argentino, como Clemenceau en sus conferencias, se inclinaban por las reformas políticas, y así el camino teórico hacia la ley Sáenz Peña queda abierto y reforzado.

En síntesis, la de Clemenceau fue una visita muy importante desde el punto de vista político, que se inscribe en la disputa entre Inglaterra y Francia por la penetración dominante en nuestro país, y también en la disputa interna en el seno de las clases dominantes en Argentina, en relación a la salida política para aquel momento histórico.

Jean Jaurès y Juan Bautista Alberdi

El diputado socialista francés Jean Jaurès brindó cuatro conferencias en el teatro Odeón de Buenos Aires en el mes de septiembre de 1911, en el marco de las actividades para conmemorar el primer Centenario.

Su visita tuvo una notable influencia en el pensamiento político argentino y la consideramos prolegómeno de la lucha teórica que acompañó el dictado de la ley de sufragio universal durante la presidencia de Roque Sáenz Peña.

Dictó sus conferencias en español y demostró haber leído algunos trabajos de Moreno, Sarmiento y Alberdi.

Un detalle de lo complejo de la lucha política y las disputas del momento histórico es que el Gral. Roca, que había sido dos veces Presidente, asistió a las conferencias pagando su entrada, como uno más entre el público. Los restos del roquismo y el sector de la oligarquía que representaba, se encalmaban ahora con el conservadurismo de Sáenz Peña y su intento de una salida política para la crisis.

Refiriéndose al libro de Alberdi, “El Crimen de la Guerra, *además de su hermoso título, nos acerca a la necesidad del pacifismo como camino*”, dijo el orador. En realidad, Alberdi no se refería en su obra a la guerra en general, sino a la injusta guerra contra el Paraguay, y Jean Jaurès no había leído el libro.

Estas ideas de Jean Jaurès sobre Alberdi calaron hondo en el socialismo, en José Ingenieros, y desde ese lugar se trasladaron posteriormente al Partido Comunista Argentino.

La segunda conferencia de Jean Jaurès fue sobre nacionalidad, democracia y clase obrera. En ellas citó al poeta Olegario V. Andrade y los trabajos de Florentino Ameghino. No nos llegó su contenido completo; es de suponer que la cuestión nacional en un país oprimido estuvo ausente.

Los diarios de la época se ocuparon más de la personalidad del conferenciante que de sus ideas.

El Dr. Juan B. Justo, que era un conocido naturalista vegetariano, invitó a comer a su casa al ilustre visitante y correligionario socialista. Circuló en los mentideros políticos y en la prensa de la época, la anécdota de que el visitante había llevado el vino escondido en su levita.

Estos detalles intrascendentes, a menudo escondieron el debate político real. Jean Jaurès gritaba a los cuatro vientos que el socialismo era imposible en la Argentina, y que era necesario acompañar el acuerdo que canalizara en forma pacífica y reformista la crisis política del Centenario.

Tuvo una polémica con Juan B. Justo sobre la posibilidad o no del socialismo en el país. Ambos, no obstante, apostaban a la vía electoral, repudiaban las huelgas anarquistas y llamaban socialismo a las reformas políticas de participación ciudadana, educación popular y cooperativismo.

No pudimos encontrar las conferencias completas, pero sabemos que las últimas fueron sobre inmigración y solidaridad.

El 31 de julio de 1914 Jean Jaurès fue asesinado en París. A partir de 1920, la calle Bermejo, en la ciudad de Buenos Aires, pasó a marse Jean Jaurès.

Alejo Peyret y Sarmiento

El libro *Facundo*, de Domingo Faustino Sarmiento, pretendió hacer filosofía política y para mayor facilidad redujo la compleja situación histórica a una fórmula muy corta: *Civilización o barbarie*.

Treinta años después, Alejo Peyret comentó el tema con toda lucidez:

“Las fórmulas en la historia tienen un gran inconveniente, porque nunca pueden ser comprensivas como para abarcar todos los sucesos...”

Una razonable observación. Existen, sin embargo, criterios científicos para el análisis de la historia.

El problema se suscita cuando estas meras guías para la investigación y el análisis se convierten en fórmulas, porque las fórmulas dificultan el estudio concreto de hechos concretos y mecanizan la visión de la historia.

Volviendo a la crítica concreta del *Facundo*, escribía Peyret:

“El tiempo ha probado que la verdadera ciencia política se llama descentralización, federación, autonomía local y provincial, no se llama centralización unitaria...”

Con la llegada de los falsos liberales –supuestos gestores de esa política que alaba Peyret– al gobierno, se enfrentaban estas palabras generales con sus hechos concretos: decretos homicidas

y leyes sangrientas, también con el estado de sitio aplicado por primera vez y con la guerra.

Durante la década de 1860 existieron escritores, intelectuales y políticos que, con dignidad, resistieron la guerra contra el Paraguay, y el sustento teórico con que las clases dominantes explicaron su necesidad.

En ese momento concreto, las clases dominantes, para apoyar su accionar político, recurrían a fórmulas, que tenían la habilidad de presentar sus intereses como si fueran los intereses del conjunto de la sociedad. Acá nace la importancia de sacar del olvido este texto de Alejo Peyret sobre las fórmulas.

Miguel Navarro Viola, defensor de presos políticos durante el gobierno de Mitre

En el marco del estado de sitio que había inaugurado, Bartolomé Mitre ordenó por decreto las detenciones del coronel Benjamín Méndez, Carlos Lacalle, Aurelio Palacios —el padre de Alfredo Palacios—, del periodista Lafforest, entre otros, por sus posiciones contrarias a la guerra contra el Paraguay.

Tomó la defensa de los presos políticos el Dr. Miguel Navarro Viola, quien se encontró ante dificultades teóricas y políticas.

Teóricas, porque era la primera vez que se aplicaba el estado de sitio y no existía jurisprudencia. Políticas, porque las clases dominantes habían logrado instalar que quienes se oponían a la guerra y al genocidio del pueblo paraguayo eran traidores a la patria.

Navarro Viola asistió a los detenidos a bordo de un buque carbonero, que se encontraba anclado en la rada del puerto y que oficiaba de cárcel para la represión.

Planteó un recurso administrativo en la propia Casa de Gobierno, sosteniendo en forma expresa que la guerra se desarrollaba a miles de kilómetros y que en la ciudad de Buenos Aires no había invasión exterior ni tumulto alguno, razón por la cual entendía que el estado de sitio había sido aplicado contra sus defendidos como acto de persecución política.

Como el Poder Ejecutivo no le contestó, consideró denegado el pedido y recurrió a la Justicia.

El juez federal Alejandro Heredia se excusó alegando resentimiento hacia el abogado defensor, por lo cual el expediente pasó a ser tratado por su par de la ciudad de Santa Fe, único magistrado que podía intervenir, porque no había otro juez federal nombrado en la ciudad de Buenos Aires.

El expediente llegó a la provincia de Santa Fe con los medios de transporte de la época, siendo recibido por el magistrado santafesino. Este se dirigió a la Corte Suprema de Justicia para que decidiera previamente si el Dr. Alejandro Heredia se había apartado del expediente con fundamentos legales válidos.

El Superior Tribunal declaró abstracta la cuestión, porque para el momento en que le llegó el expediente, noviembre de 1866, el Dr. Navarro Viola se encontraba también detenido a disposición del Poder Ejecutivo y en virtud del estado de sitio.

No hubo abogado en Buenos Aires que tomara su defensa, razón por la cual el detenido fue defendido por su madre, Concepción Viola de Navarro, que no era abogada, sino profesora de música, pero presentaba los escritos que su hijo le dictaba desde la celda.

Concepción Viola de Navarro recorrió también despachos y salones. No logró la libertad de su hijo, que finalmente fue desterrado por otro decreto, pero inauguró el uso del Tribunal para denunciar y hacer conocer la situación y las atrocidades que se cometían: abogados detenidos por defender presos políticos, estudios allanados y robados, destierro.

El Dr. Miguel Navarro Viola escribió *El despotismo del estado de sitio de la República Argentina, 1866 y 1867*. En este libro relata los temas jurídicos y las condiciones de detención a bordo del buque cárcel.

Más tarde Navarro Viola empalmó con el roquismo y fue electo diputado nacional.

En el barrio Varela, Bajo Flores, ciudad de Buenos Aires, ubicada entre Asamblea y Santander, existe actualmente otra callecita que se llama “Dr. Miguel Navarro Viola”. Posiblemente se lo recuerde por su diputación y no por su defensa de los presos políticos bajo el primer estado de sitio.

Alberdi y los “falsos liberales”

Juan Bautista Alberdi, en uno de sus mal llamados *escritos póstumos*, desnuda el autoritarismo de los falsos liberales. Escribe:

“Los liberales argentinos son amantes platónicos de una deidad que no han visto ni conocen. Ser libres para ellos es gobernar a los otros. La posesión del gobierno es toda su libertad, el monopolio del gobierno todo su liberalismo.

“La libertad de los otros, no, eso es despotismo para ellos.

“El gobierno en su poder, esa es la verdadera libertad para ellos, es decir la libertad de los otros queda sustituida por la libertad de ellos.” (Escritos póstumos, Buenos Aires, Edición del Congreso Nacional, 1884, Tomo X, pág.155).

Lo de “escritos póstumos” se debe a que comprenden cartas y notas editadas después de su muerte.

La expresión “falsos liberales” o “liberalismo ficticio” fue acuñada por Carlos Guido y Spano, y alude al doble discurso de los que gobernaron durante la guerra contra el Paraguay, quienes utilizaban un lenguaje liberal, pero reprimían a las masas y a los opositores.

Decía Guido y Spano en 1866:

“La verdad es que el gobierno, mal grado de la prédica de su liberalismo ficticio, dominado por el espíritu de la reacción unitaria, trabajó en el sentido de hacer imposible toda oposición.” (El gobierno y la alianza, imprenta de Buenos Aires, 1866).

Este último texto citado pertenece a un trabajo muy interesante para estudiar la historia de las ideas políticas en Argentina.

Carlos Guido y Spano es reconocido como parte de la literatura argentina, ocultándose al mismo tiempo sus análisis políticos, sus profundas reflexiones sobre la historia argentina, y sobre todo su actuación militante contra la guerra del Paraguay.

Sarmiento, Descartes y la Constitución

La Argentina posterior a Pavón iniciaba la reforma constitucional de 1860, y con dicha reforma, la incorporación de Buenos Aires a la Confederación, bajo la hegemonía política de la oligarquía bonaerense.

Tenían las armas, la fuerza militar a su favor; entonces, decían cómo y cuándo se hacían las leyes que las clases dominantes necesitaban.

En esto les apareció un problema formal, jurídico y político que sortearon en forma prepotente.

Resulta que el artículo 30 de la Constitución de 1853 establecía que la misma no se podía reformar por un plazo mínimo de 10 años, y no había transcurrido ese tiempo desde su promulgación.

Querían reformar la Constitución, pero, al mismo tiempo, no quedar como sus violadores. Tampoco querían reconocer que el Pacto de San José de Flores (11 de noviembre de 1859) se había firmado entre dos Estados distintos, cada uno de los cuales tenía *su* Constitución, *sus* autoridades y *su* ejército.

Necesitaban justificar lo que hacían, sin que se reconociera como ilícito.

Entonces Sarmiento acudió a una lectura libre de Descartes. Dijo en la Convención Examinadora Provincial:

“Para comprender la necesidad de derogar el Art. 30 de la Constitución de 1853, se debe presentar el hecho de la existencia de la nueva Convención. Podemos decir como Descartes... ‘pienso luego existo’. La Convención existe, luego esta parte está reformada, el objeto para el que se había establecido la prohibición ya no existe.”

Apareció así la teoría explicativa del acto ilícito.

Más tarde, como primer acto de la Convención de 1860 derogaron el Art. 30 antes de tiempo, y omitieron discutir que el llamado era violatorio de la Constitución, por prematuro.

Se dieron el lujo de no reconocer públicamente que la reforma que aprobaron nace de un acto político-militar, dado que su establecimiento y deliberación no se adecuaron a las normas constitucionales vigentes. Y confirmaron que el poder nace del fusil, no de la norma constitucional.

Con un resto de vergüenza, llamaron a la Convención Nacional Constituyente de 1860 Convención *ad hoc* (lo que se hace sólo para un fin determinado), pero esto es un detalle.

Los profesores universitarios pronto olvidaron su origen y se comenzó a enseñar la reforma constitucional de ese año como vital para el modelo de país (que las clases dominantes diseñaron).

Tirando manteca al techo

En forma simultánea con la matanza de obreros en Plaza Lorea, en 1909, las clases dirigentes argentinas abordaron el Primer Centenario tirando manteca al techo.

Veamos algunas perlitas.

Ramón y Antonio Santamarina, además de sus 25 estancias, tenían la mayor pinacoteca de la Argentina, valuada en treinta millones de dólares.

Los Luro y los Peralta Ramos, fundadores de Mar del Plata, donaron la Catedral de esa ciudad adjudicando a los santos que adornaban el atrio, rostros tomados de su familia, costumbre ésta de los señores feudales europeos.

Santa Clara del Mar se llama así por Clara Anchorena.

Los Guerrero construyeron en sus campos el castillo La Raquel, que todavía hoy se puede visitar en el km 168 de la ruta 2. Las 60 hectáreas del jardín fueron parqueadas por el paisajista Forkel.

Felicitas Guerrero fue casada a los 16 años con Martín de Álzaga, de 48. Viuda a los 26 años, fue asesinada por un pretendiente resentido y su familia construyó en su recuerdo una iglesia que aún se puede visitar en el barrio de Barracas.

Valeria del Mar toma su nombre de Valeria Guerrero.

Santa Teresita recuerda a Teresa Duhau.

Gregorio Lezama permitió la estación de ferrocarril en sus estancias a cambio de que el pueblo llevara su nombre; la residencia de la familia en Paseo Colón y Brasil tenía un parque que es hoy el Parque Lezama, y la casa familiar el Museo Histórico Nacional.

La localidad de Verónica, cerca de Punta Indio, recuerda a Verónica Tornquist.

El actual Parque Pereyra Iraola era el jardín de la estancia de la familia homónima.

La localidad de Vicente Casares debe su nombre a los Casares (de la unión de una Casares y un Bioy nació el escritor Adolfo Bioy Casares).

En la Ciudad de Buenos Aires, la actual sede de la Cancillería, en Arenales y Esmeralda, fue construida por los Anchorena en 8.000 metros cuadrados, con entradas copiadas del Palacio Eliseo de París. Allí se casaron Leonor Anchorena con Alejandro Luro Roca. Cuesta pensar que tal castillo estaba destinado a vivienda familiar.

En las calles Santa Fe y Maipú, actual sede del Círculo Militar, vivían los Anchorena Paz. Tenían 40 habitaciones.

La que es hoy sede de la Nunciatura, en Montevideo y Alvear, era la casa familiar de Adelia Olmos.

En la calle Cerrito se conservan el Palacio Pereda (Cerrito 1350), el Basualdo (Cerrito esquina Arroyo) y el Palacio Álzaga Unzué (Cerrito 1444).

Ernesto Tornquist construyó un Torreón para el tiro a la paloma en la costa de Mar del Plata que todavía existe. La obra de

teatro *Ala de criados* recuerda irónicamente un verano en Mar del Plata, mientras en Buenos Aires se desarrollaba la llamada Semana Trágica.

También lleva el nombre de Tornquist una localidad en Sierra de la Ventana.

Esos actos de despilfarro de las clases dominantes tenían su fuente de ingresos en las estancias, las tierras que pudieron robar para sí desde el poder, y también, en su sociedad estratégica con los ingleses y otros expoliadores de los bienes de nuestra patria. Sirva este Segundo Centenario para recordar que toda historia, de alguna manera, es historia presente.

Artigas en el Paraguay

La historia oficial reconoce en Artigas un prócer nacional del Uruguay, borrándolo de la historia argentina. Para ello sus autores recurrieron a varias falsificaciones y ocultamientos.

Ocultaron las *Instrucciones* del año 1813.

Ocultaron el *Reglamento de tierras* de 1815.

Ocultaron el federalismo de Artigas.

Derrotado por los portugueses en Tacuarembó, su ex subordinado Ramírez lo vuelve a derrotar, persiguiéndolo hasta que logra entrar en el Paraguay.

Acá la historia oficial cierra el relato: muchos dicen que se exilió; otros, que optó por el ostracismo.

Sin embargo Artigas vivió 30 años en el Paraguay, desde 1820 hasta su muerte en 1850, a los 86 años.

El Dr. Gaspar Francia, que gobernaba Paraguay con el título de “dictador”, lo recibió con frialdad. Por un lado, se negó a entregarlo a Ramírez, quien lo reclamaba para matarlo; por otro, desconfiaba de la amistad de Artigas con el Dr. Fulgenzio Yegros, militar y político paraguayo que se encontraba preso acusado de conjura, y que luego fue ejecutado.

Artigas entregó su bastón de mando, su espada y aceptó ser recluido en el convento de La Merced, haciendo vida de monje durante varios meses.

El Dr. Francia no lo recibió hasta que el 27 de diciembre de 1820 el gobierno paraguayo le donó un lote de campo en Curu-

guaty, plena selva, para que se consagrara a tareas para su sustento. Es curioso cómo el decreto de donación describe la ropa que se le regala, otorgándosele además un sueldo equivalente al de un capitán del Ejército.

Artigas llegó a su nuevo destino después de 10 días de cabalgata. Se instaló en el Mbaracayú trabajando en las tareas agrícolas y al poco tiempo pasó a regalar su sueldo a los pueblos originarios de la zona (caíguas y ava-guaraní) porque decía que le sobraba para vivir siendo agricultor.

Las diferentes versiones coinciden en que se convirtió en el padre de los pobres (caraíbalpora) de Curuguaty, integrándose a su vida aldeana.

Fue enterrado en el camposanto de los insolventes de Asunción, porque ninguno de los vecinos podía pagar los dos pesos que los curas cobraban para hacerlo.

En su partida de defunción figuraba como “José de Artigas”, luego fue enmendada, agregándosele “General”.

La falsa historia es la base de la falsa política

Así como la historia oficial argentina ocultó los treinta años que Artigas vivió en el Paraguay (1820-1850), se ocultaron también documentos claves de la época, como el *Plan de operaciones* de Mariano Moreno, las *Instrucciones* de 1813 de Artigas, su *Reglamento de tierras* de 1815, la *Constitución* que Belgrano escribió para los pueblos originarios de Misiones, el *Acta* de San Martín en Rancagua, etc.

En otros casos redujeron el radio de acción de los protagonistas ocultando aspectos de su militancia política. Por ejemplo, omiten que el general Güemes *desobedeció* la orden de seguir al general Rondeau, luego del desastre de Sipe-Sipe, y por el contrario, encontró un camino distinto para atraerse a las masas y luchar por la Revolución de Mayo, defendiendo la frontera en Salta. Su desobediencia es similar a la de San Martín, quien se negó a regresar con su ejército tal como se lo ordenaban desde Buenos Aires, para usarlo contra el Litoral.

La táctica de guerrillas aplicada por Güemes fue primero descalificada y luego ocultada por la historia oficial.

Otras veces se destacó a figuras de nuestra historia por su obra exclusivamente literaria, ocultando su militancia política. A Carlos Guido y Spano y a José Hernández se los acepta como escritores de mérito, pero se oculta que se opusieron a la guerra contra el Paraguay.

Cuando salió impresa la historia de Belgrano elaborada por Mitre, Juan B. Alberdi, criticando el libro, dijo: “*fabricaron la historia de un sonso escrita por otro sonso*”.

Es el momento en el cual Alberdi advierte cómo se está falsificando la historia para acomodarla a los objetivos políticos de las clases dominantes. Desde su exilio en Francia escribe *Cosas del Plata*, que contiene la famosa frase “*la falsa historia es la base de la falsa política*”.

El Bicentenario es un buen momento para desenmascarar la falsa historia, dado que si no sabemos de dónde venimos, es difícil saber quiénes somos.

El negro Ansina, lugarteniente de Artigas

El general Artigas en su exilio en el Paraguay vivió acompañado por Joaquín Lencina, su lugarteniente y secretario, también conocido como “el negro Ansina”.

Este fue un caudillo popular de raza negra, a quien la historia oficial del Uruguay presenta desdibujado, como un negrito que le cebaba mate al general, ocultando el contenido revolucionario de su accionar.

Fue un destacado combatiente y sabio afro-oriental.

Hijo de esclavos negros en la Banda Oriental, huyó de la esclavitud en un barco pirata. Fue traicionado y vendido en San Pablo, Brasil.

Siendo esclavo en ese país, se vinculó al pensamiento emancipador afroamericano.

Los esclavistas del Brasil lo revendieron en la zona de Misiones. Artigas lo compró, otorgándole la libertad el mismo día de la transacción.

Ingresó en el batallón de libertos de Montevideo y en oportunidad de la rebelión de esclavos de 1803, huyó con gran parte de la tropa refugiándose en las tolдерías charrúas.

No se conoce el momento exacto en que se reencuentra con Artigas, pero los historiadores los dan juntos en todos los combates y en la organización de los ejércitos. Y así se presenta en uno de los poemas que dejó escritos:

*Hay cosas que para que triunfen
han de andar ocultas,
Ansina me llaman
y Ansina yo soy
sólo Artigas sabe
hacia dónde voy.*

Joaquín Lencina y Artigas compartieron 55 años de lucha y amistad.

Luego de la muerte de este último, el negro Ansina se quedó viviendo en el Paraguay junto con Manuel Antonio Ledesma, otro de los lugartenientes de raza negra del general, hasta que murió, casi centenario, en 1860.

Nunca se encontró su cadáver, tampoco su partida de defunción, pero algunos de sus versos y escritos filosóficos fueron localizados en el Paraguay en 1920 por el historiador uruguayo Marcel Dupuy.

Guerrero, poeta, caudillo popular y pensador libertario, Ansina fue mucho más que una figura acompañante. Su vida, su pensamiento y su poesía son dignos de ser estudiados.

Mariano Moreno y el decreto de supresión de honores

En nuestra gloriosa insurrección de 1810 confluyeron distintas corrientes políticas, que triunfaron en un momento histórico concreto, y lograron instaurar el primer gobierno patrio.

Durante el período que va desde junio hasta diciembre de 1810, el sector jacobino de los dirigentes de Mayo logra influenciar el curso de los acontecimientos, tomando medidas revolucionarias, que al mismo tiempo que intentaban consolidar la revolución, fueron generando una diferenciación de líneas y lucha por el poder en el seno mismo de sus principales líderes.

Para una de esas líneas políticas, los jacobinos se habían tornado aborrecibles, y era necesaria su eliminación política (y hasta la física). Mariano Moreno, uno de los más claros dirigentes de esa revolución, fue puesto en el blanco por los sectores rivales.

En diciembre de 1810, con motivo de la celebración de la victoria de la Batalla de Suipacha, se realizó un banquete en el cuartel del Regimiento de Patricios y cuando Mariano Moreno intentaba ingresar, el centinela a cargo de la seguridad le impidió el acceso, argumentando desconocerlo.

Pero el hecho más grave se produjo en el interior, cuando el ciudadano Atanasio Duarte ofreció a Saavedra una corona de azúcar y brindó llamándolo “el primer rey y emperador de América, Don Cornelio Saavedra”.

Este hecho puso en evidencia la colisión entre las viejas y nuevas ideas.

Por un lado la demostración de cierta añoranza de los privilegios otorgados al virrey, y por el otro, las ideas democráticas rusonianas triunfantes en la Revolución Francesa, con las cuales Moreno y su grupo se sentían plenamente identificados.

En *La Gaceta* del sábado 8 de diciembre, Moreno escribe el Decreto de Supresión de Honores, comenzando con una frase que es una verdadera declaración de principios:

“En vano publicaría esta Junta principios liberales, que hagan apreciar a los pueblos el inestimable don de su libertad, si permitiese la continuación de aquellos prestigios, que por desgracia de la humanidad inventaron los tiranos, para sofocar los sentimientos de la naturaleza.” Y sigue más adelante: “Se avergonzaría la Junta, (...) si desde los primeros momentos de su instalación, hubiese desmentido una sola vez los sublimes principios que ha destacado”.

El articulado del Decreto demuestra taxativamente que Moreno no estaba dispuesto a volver atrás. El artículo 2º manifiesta:

“Habrá desde este día absoluta, perfecta, e idéntica igualdad entre el Presidente y demás Vocales de la Junta, sin más diferencia que el orden numerario y gradual de los asientos.”

El 8º dice: *“...se prohíbe todo brindis, viva, o aclamación pública a favor de individuos particulares de la Junta”.*

El 9º, en su primera parte: *“Solo se podrá brindar, por la patria, por sus derechos...”*

Y el más importante, el artículo 11º, contiene una serie de conceptos que demuestran, con la porfía de los hechos, que los hombres que dirigieron la primera etapa de la Revolución tenían ideas claras. (Polemizando con ciertos historiadores que las niegan, atribuyendo a los acontecimientos de Mayo un carácter externo –la crisis en la metrópolis–, y desconociendo los antecedentes internos que desencadenaron la gesta).

“Artículo 11º: Habiendo echado un brindis D. Atanasio Duarte, con que ofendió la probidad del Presidente, y atacó los derechos de la patria, debía perecer en un cadalso; por el estado de embriaguez en que se hallaba, se le perdona la vida; pero se destierra perpetuamente de esta ciudad, porque un habitante de Buenos Aires ni ebrio ni dormido debe tener impresiones contra la libertad de su país.”

Saavedra firmó el decreto de conformidad junto con todos los miembros de la Junta, pero su silencio respecto del hecho reveló que estaba instalada la puja sobre qué dirección tenía que tomar la revolución.

Poco más tarde, con la muerte de Moreno y el desplazamiento de los verdaderos patriotas, el proceso iba a tomar un curso distinto al que proponía “la izquierda de Mayo”.

Guido y Spano, agitador en la Revolución de 1848 en Francia

Las revoluciones de 1848 fueron una ola de manifestaciones populares que se generalizaron en varias regiones de Europa.

Carlos Guido y Spano, a los 20 años, realizó su primer viaje a ese continente. Llegó a París en plena insurrección republicana y participó de la acción revolucionaria.

Cuenta en su autobiografía *Ráfagas*:

“Me lancé con febril actividad a la calle, se centuplica la energía vital, el pensamiento es acción, la acción es fiebre, imposible permanecer tranquilo, peroré en los corrillos, estuve en la asonada, subí a la tribuna, en los clubes subalternos, confraternicé en fin con la santa canalla, en todas partes proclamé la República llegando a merecer aplausos de los carboneros”.

Producida la contrarrevolución, fue expulsado al Brasil, y escribe:

“el día 2 de diciembre de 1851 [golpe de Estado de Luis Bonaparte que hace caer la República] quedará señalado como uno de los días más nefastos de la historia de Francia”.

La historia oficial intentó borrar sus posturas políticas reduciendo su accionar a una actividad puramente literaria. En las escuelas se difundió una imagen que lo muestra en su vejez, en cama, con una larga barba blanca rodeado de libros; en suma, la

imagen de un escritor aséptico, un sabio inofensivo, criado por sus tías, alejado de la política.

Nada más alejado de la realidad. Guido y Spano fue un hombre de acción que combinó su talento literario con una firme postura ética y una política opositora al grupo de la oligarquía bonaerense hegemónica en el país con posterioridad a 1860.

Su denuncia de la guerra contra el Paraguay, su actividad revolucionaria en la Europa republicana de 1848 y su amistad política con José Hernández, Aurelio Palacios y otros opositores a los separatistas porteños fueron hechos también ocultados en las biografías oficiales.

La lectura de sus memorias, *Ráfagas*, es valiosa para entender la historia argentina contada por uno de sus protagonistas. Hijo del general Guido, amigo y confidente de San Martín, por sus memorias desfilan los acontecimientos importantes del siglo 19, con una óptica muy distinta a la vertida por la historia oficial.

Cuando murió, se decía sobre él en Buenos Aires: *“Los Guido son tan pobres, que hasta la calle Guido está cortada”*.

Escondieron el Plan de Operaciones de Moreno

La importancia del Plan de Operaciones de Mariano Moreno para entender la Revolución de Mayo de 1810 es incuestionable.

Por razones políticas fue escamoteado al conocimiento de nuestro pueblo durante mucho tiempo. Las clases dominantes lo consideraron un ejemplo peligroso.

La polémica alrededor de la existencia y autenticidad del Plan muestra claramente la intencionalidad política de las diversas interpretaciones.

El original se perdió y nunca fue encontrado. Este hecho facilitó la aparición de una corriente historiográfica que durante más de 100 años negó su existencia.

Hoy, en general, no se discute que el Plan de Operaciones existió. Pero se difunde poco.

El Plan era secreto, de manera tal, que no se sabe si se entregó una copia a cada uno de los miembros de la Junta, o si un único ejemplar circuló para su lectura y luego fue destruido.

En 1829, el historiador monárquico absolutista español Mariano Torrente, en su obra *Historia de la revolución hispanoamericana*, dice que de casualidad llegó a sus manos “*un informe secreto que uno de dichos diputados, el Dr. Moreno, dio a la Junta de Buenos Aires en 1810, sobre los medios para arraiagar la revolución*”.

Luego califica a Moreno de “cabeza excéntrica” exaltada por el republicanismo.

En el Río de La Plata no se tomó nota de este libro, cuyo contenido principal era polemizar con la política que había llevado adelante Bolívar.

Pasaron varias décadas más, hasta que Eduardo Madero encontró en un archivo español una copia del Plan original, que transcribió textualmente. Se la dio a Bartolomé Mitre, con cierta ingenuidad de amanuense subalterno.

Mitre la extravió, sin comentario alguno.

Pocos años después, Norberto Piñero fue al mismo archivo y le pudo sacar algo parecido a una foto. Lo publicó directamente, antes de que se volviera a “perder”, en su libro *Escritos de Mariano Moreno*.

Se inició así un debate que no tiene desperdicio.

Los historiadores liberales pusieron reparos, señalando que la letra no es la de Moreno, que algunos giros idiomáticos son los que usaba Belgrano y no aquel, y que, en definitiva, si fuera auténtico, tampoco refleja el contenido de Mayo.

Al mismo tiempo, los historiadores del revisionismo oligárquico tampoco mostraron mucho entusiasmo en convalidar un Plan jacobino y revolucionario, que se transformaba en el programa de acción de algunos de los hombres de Mayo.

En suma, el Plan de Operaciones constituyó un *papel maldito*, que por motivos distintos todos ocultaban.

Algunos otros, sin embargo, argumentaron como prueba de su autenticidad la concordancia entre lo escrito y la política morenista del año 1810.

Hasta que en 1952, Enrique Ruíz Guíñazú encontró en España una carta de la princesa Carlota a su hermano, el rey Fernando VII, que cita el Plan de los revolucionarios de Buenos Aires, y la carta respuesta del rey, donde le dice: *“También he visto el plan de los revolucionarios de América, el cual muestra la maldad y la perfidia de los perversos insurgentes”*.

La princesa creyente incitaba al degüello, y le escribe a su hermano:

“Al plan doctrina del Dr. Moreno es preciso palo y a los cabezas, cabeza afuera”.

El Plan de Operaciones de Moreno perturba a las clases dominantes

Debemos buscar la verdad en los hechos, y los hechos demuestran que desde junio hasta diciembre de 1810, el grupo de revolucionarios jacobinos aplicó muchas de las fórmulas políticas y económicas contenidas en el Plan de Operaciones de Mariano Moreno.

El Plan... se constituyó en el programa político de los revolucionarios jacobinos, particularmente de Castelli, Monteagudo, Vieytes y Belgrano.

Moreno se quedó en Buenos Aires, Castelli se puso al frente político del ejército que avanzó hacia el Alto Perú, y Belgrano encabezó el ejército cerca de Rosario, por entonces un mero caserío. Castelli, en general, le escribía a Feliciano Chiclana, y Belgrano, a Mariano Moreno.

Para entender el programa político de los revolucionarios jacobinos es necesario leer y estudiar el Plan de Operaciones, junto con las Instrucciones dadas a Castelli, la correspondencia de Belgrano a Moreno durante esos meses, y, sobre todo, los artículos que Moreno publicaba en *La Gaceta*.

Aparecen allí orientaciones para escarmentar a los enemigos, perseguir a los acaudalados que revistieran ese carácter y ser indulgentes con los que fueran patriotas, como Manuel Alcaraz, el cuñado de Feliciano Chiclana, que a pesar de su fortuna per-

sonal, tuvo un trato diferenciado y respetuoso por parte de los jacobinos de Mayo.

Durante esos primeros meses, la revolución fusiló enemigos, ordenó destierros, confiscó bienes, aplicó tributos diferenciales y trató de desarrollar industrias, particularmente tres fábricas de armas.

Se inició la Biblioteca Nacional, con los libros que se le confiscaron al obispo Orellana, salvado de ser fusilado junto a Liniers en Córdoba.

Se editó el *Contrato social* de Rousseau, amputándosele el capítulo sobre la religión civil, porque los revolucionarios evaluaron que no era justo crear dificultades con toda la Iglesia, dado que algunos sacerdotes se habían incorporado a la revolución.

En octubre de 1810 se puso en marcha una fábrica de fusiles en lo que es hoy plaza Lavalle, a cargo de Juan Tarragona. Llegó a tener 67 operarios. El 5 de noviembre, la Junta decidió instalar otra en Tucumán, contratando a Clemente Zabaleta. También se estableció una fábrica de pólvora, en Córdoba, que se puso a cargo de José Arroyo.

En ese marco se realiza la primera jura de nuestra bandera, lo que reviste una enorme importancia política.

Pero la lucha de clases se expresó dentro de los cuadros que condujeron la revolución hasta diciembre de 1810, mediante la lucha de líneas políticas.

El 16 de octubre de 1810 se descubre el complot encabezado por el síndico Leiva; los complotados son detenidos y Moreno propone a la Junta el fusilamiento. Saavedra se opone, dejando

en claro que si la Junta insiste en la medida, las tropas no obedecerán la orden.

Se acuerda entonces el destierro de Leiva en Catamarca. Al pasar por Córdoba, la familia del Deán Funes lo recibe como huésped en su casa.

La contradicción entre los revolucionarios jacobinos y las fuerzas que querían pactar con los enemigos de la revolución se tensa, y lentamente la balanza comienza a inclinarse hacia la derrota de los morenistas.

El Plan de Operaciones preveía expropiaciones de minas, ampliación y consolidación de la revolución, ajusticiamientos, destierros y confiscaciones que no pudieron concretarse por la derrota del grupo.

El fatídico 18 de diciembre de 1810

El 18 de diciembre de 1810 se reúne la Primera Junta patria para tratar la incorporación de los diputados del interior a la misma.

El deán Funes toma la palabra, y, entre otras cosas, expresa el verdadero objetivo de quienes se impondrán: “hay que restituir la tranquilidad pública”, dice. Vale decir, reducir la influencia de los jacobinos.

Pese a que la reunión estaba citada para tratar su incorporación, los diputados del interior concurren desde el inicio, expusieron sus opiniones y *votaron*: esto es, se incorporaron de hecho, y aseguraron en la votación una mayoría que no tenían en la Primera Junta. El poder nace del fusil. Y ese día en Buenos Aires, el Regimiento de Patricios comandado por Saavedra decidía.

En tiempos revolucionarios, los aspectos jurídicos son secundarios, es cierto, pero en este caso concreto, la violación de la legalidad se realizó para restarle poder político al grupo de revolucionarios jacobinos.

Moreno renuncia como secretario, Saavedra toma inmediatamente la palabra y admite que la incorporación de los nuevos diputados “*No es según derecho*”.

Azcúenaga vota la incorporación aclarando que lo hace por la unidad, a pesar de estar en desacuerdo. Larrea vota como Azcúenaga.

Alberti dice que “esto será el origen de muchos males”.

Paso vota en contra.

Los diputados del interior votan su propia incorporación.

Moreno no vota. Viéndose derrotado por los fusiles, se limita a renunciar y se retira.

Se ha ocultado que la Junta decide no aceptar la renuncia y mantiene al Dr. Mariano Moreno en su cargo de secretario. Moreno, en minoría, no lo ejerce. No obstante, en tal carácter es designado para una misión en Inglaterra.

En ese viaje encontrará la muerte.

Varias luces de alarma se habían encendido entre las fuerzas reaccionarias internas y externas frente a la aplicación práctica del Plan de Operaciones de Moreno. Ampliar la Junta para dejar a los jacobinos prácticamente fuera del gobierno, fue el primer paso.

Carlos Marx escribió que existen días que contienen 20 años, dado que condensan el avance de un proceso revolucionario y la toma de conciencia de las masas sobre el mismo.

Con el mismo concepto, pero con un ejemplo inverso, Carlos Guido y Spano nos cuenta que existen días fatídicos o nefastos en la historia de los pueblos. El 25 de mayo de 1810 fue un día revolucionario que condensó años de lucha. El 18 de diciembre de ese mismo año fue un día fatídico. Con la derrota de Moreno en la Junta se inicia, con sus idas y vueltas, el proceso hacia una nueva dependencia, que todavía hoy padecemos.

Un “ambigú” en el Regimiento de Patricios

Hombre muy culto el deán Funes, doscientos años después de que le escribiera a su hermano Ambrosio una carta utilizando la palabra *ambigú*, nos obligó a buscar su significado: banquete de cosas exquisitas frías.

Fuera de esta curiosidad del léxico, la carta de la que hablamos tiene un inestimable valor histórico.

Escribe el deán Funes a su hermano, el 10 de diciembre de 1810:

“Con motivo de las felices noticias del Perú, dio al público el Cuerpo de Patricios un ambigú. (...)”

“Un oficial, que sin duda estaba borracho, echó una salud a Saavedra, como primer Rey de América.”

“Esta salud ofendió a muchos, y al día siguiente se tratase en la Junta los honores de que estaba en posesión, como verás en La Gaceta.”

“Este alboroto fermenta en secreto, Saavedra es muy prudente y todo lo atajará, me han dicho que él mismo reprendió al oficial del brindis (...). Se oye en público, pedir que los diputados de las provincias entren en el gobierno, pero sobre esto no se ha tomado resolución (...) Moreno y los de su facción se van haciendo muy aborrecibles”.

De la carta se infiere que la derrota del grupo de revolucionarios jacobinos era inminente.

Saavedra es tratado en la carta como “muy prudente”, caracterización política que algunos repiten hasta nuestros días. Al mismo tiempo, los patriotas jacobinos son tratados de “muy aborrecibles”. Se estaba tensando la contradicción que llevaría, una semana después, a la derrota política de Moreno dentro del gobierno.

El Plan de Operaciones, algunas de las medidas de gobierno tomadas entre junio y diciembre de 1810, los panfletos enviados al sur de Brasil para alentar la rebelión de los esclavos en Río Grande, las confiscaciones, destierros, ejecuciones, y el trabajo para extender y consolidar la revolución, constituían la actividad política y militar del grupo jacobino.

Las causas materiales, de clase y políticas, de la derrota de este grupo, no serán motivo de esta nota. Simplemente, queremos destacar que muchísimas de las ideas contenidas en el Plan de Operaciones de Moreno se aplicaron en el Paraguay del Dr. Francia, creando un país distinto. País que fue aniquilado 50 años después por los ingleses, los esclavistas del Brasil, los terratenientes de nuestro litoral y los tenderos de Buenos Aires y Montevideo (es decir, por fuerzas que tenían que ver con las que caracterizaban como aborrecibles a los morenistas de 1810).

Una carta de Belgrano a Moreno

Las cartas que remitió Mariano Moreno a Manuel Belgrano, en su mayoría se perdieron.

La explicación que encuentran los historiadores es que el general las recibía en el curso de la Campaña del Paraguay, y que luego de leerlas las quemaba, porque evitaba así toda filtración de lo que consignaban.

Es posible. Belgrano había estudiado en España y conocía los métodos del absolutismo monárquico, entre los cuales la información ocupaba un lugar importante.

En cambio, las cartas que Belgrano le mandó a Moreno se conservaron. Hay que agradecerlo a su mujer, Guadalupe Cuenca, y a su hermano, Manuel Moreno, quienes concedieron a esos papeles la importancia que tenían.

Esas cartas constituyen una fuente primaria para interpretar las alianzas del período junio-diciembre de 1810, de hegemonía jacobina, en que la revolución triunfante pugnó por consolidarse, y reconstruir la línea política que esos revolucionarios intentaron aplicar.

Leemos fragmentos de una de esas cartas de Belgrano a Moreno, fechada el 20 de septiembre de 1810:

“...y qué diré a Ud. para agradecerle los 200 Patricios (...) créamelo, amigo mío, su Belgrano hará

temblar a los impíos que quieran oponerse a nuestro gobierno (...) Deje a mi cuidado el dejar libre de godos al país de nuestra dependencia y más allá si es posible, ellos han de ayudar a nuestros gastos y por lo pronto, he mandado a rematar la estancia de uno que se ha fugado a Montevideo (...) Nada me dice Ud. de nuestro Ejército del Perú, yo espero por momentos, según el cálculo, la noticia de la toma de Potosí con nuestro Juan José. (...) Haré cuanto pueda para dar a Usted pruebas de que pienso como Usted por la Patria”.

Es interesante, además, conocer la falsificación que hace la historia oficial del término *godo*, que define como equivalente a *español*. Sin embargo, tanto Belgrano como San Martín utilizaban el término *godo* como sinónimo de absolutista monárquico; existieron muchos españoles democráticos, que lucharon en el bando revolucionario, varios de ellos militares que se incorporaron y dirigieron ejércitos patriotas.

II

Cartas de Belgrano a Moreno

He aquí fragmentos de otra de las cartas enviadas por Belgrano a Moreno. Esta, fechada el 27 de septiembre de 1810:

“Mi querido amigo, sabio golpe dado contra el Cabildo, debió sin duda llegar el tiempo de ejecutarlo. Valor y adelante, que todos respeten los mandatos del gobierno y los que no tiemblen (...). Agradezco a Ud. infinito que me hable con franqueza (...) Crea Ud. que no quedará uno que pueda alterar el orden. Pídame lo que quiera que estoy pronto para todo, mis ideas se conforman con las de usted y nada me anima más que el bien de la Patria, cuya inclinación en Ud. conozco, auxiliado de las luces que yo quisiera tener”.

Refiriéndose a la difícil relación con los ingleses, Belgrano escribe en esa carta:

“Quieren un puntito en el Río de La Plata y no hay que ceder ni un palmo de grado”.

Expresa así una diferencia con Moreno, que en el Plan de Operaciones proponía la cesión de la isla Martín García a cambio de un acuerdo de paz y comercio con los ingleses.

III

Belgrano le avisa a Moreno que lo espían

En una carta enviada el 13 de noviembre de 1810, Manuel Belgrano le decía a Mariano Moreno:

“Créame que aunque para hablar en su Secretaría, enciérrese en su gabinete y que no le oiga más oficial que su dignísimo hermano, a quien dará mis expresiones...”

Esta carta es muy cercana al fatídico 18 de diciembre de 1810. Belgrano alerta a su destinatario que lo están espionando.

Le pide que se cuide, que no hable ni siquiera en su Secretaría, porque alguien escucha y transmite lo que allí se dice.

Esta advertencia habría carecido de sentido si el destinatario hubiera sido, por ejemplo, San Martín: también formado en la Península, el Libertador tomaba constantemente recaudos de contraespionaje.

Moreno fue un apasionado del trabajo y de la polémica. El despliegue de su línea revolucionaria le había hecho ganar el odio de quienes confluyeron en un nuevo gobierno, pero trataron por todos los medios de que sus intereses siguieran intactos.

Por otra parte, Belgrano le dice que sólo puede confiar, dentro de su entorno de trabajo en la Secretaría de la Junta, en su hermano menor, Manuel Moreno, al que conocía porque había sido su secretario en el Consulado Comercial, cuando Belgrano era funcionario colonial.

Manuel Moreno, amanuense

En general, las cartas de los protagonistas y sus memorias nos permiten tener una idea directa del proceso histórico que se investiga.

Cuando las cartas provienen de nuestros hombres de Mayo, como es este el caso, se produce un enriquecimiento adicional, ya que descubrimos palabras que en estos doscientos años han dejado de usarse, pero que constatadas en el diccionario, manifiestan una exactitud muy difícil de obtener con otra en su lugar.

Esto nos pasó con la palabra *amanuense*, que varios usan con referencia a Manuel Moreno, el hermano menor de Mariano Moreno.

Amanuense quiere decir escriba, pero que a la vez es un secretario de extrema confidencialidad, casi un socio político y de la vida.

Ese era el rol que desempeñaba Manuel Moreno en su relación con Mariano.

El historiador Facundo Arce, en su *Epistolario Belgraniano*, nos ha permitido tomar contacto con algunas cartas inéditas de Belgrano. La historia oficial mantiene semioculto el gran respeto político que éste tenía por Manuel Moreno.

Así como fabricaron un Mariano para la lámina escolar, debían ocultar a su hermano federal y republicano.

Veamos algunos datos.

Durante las invasiones inglesas, Manuel Moreno luchó en las milicias de la ciudad para su reconquista. Más tarde tomó funciones como empleado del Consulado de Comercio, donde conoció y trabajó a las órdenes de Manuel Belgrano.

Fue incansable secretario de su hermano durante el período junio-diciembre de 1810, y lo acompañó en el viaje a Londres donde Mariano encontró la muerte.

Permaneció un tiempo en Londres, y se dedicó a estudiar y escribir *Vida y memorias de Mariano Moreno*.

Allí acusa a Saavedra de haber hecho envenenar a su hermano.

También es de su autoría *Colección de arengas del doctor Mariano Moreno*, ambas obras editadas en Londres.

Cuando los morenistas recobraron algo de poder con el segundo Triunvirato (1812), Manuel regresó a Buenos Aires y fue nombrado secretario administrativo, colaborando con Bernardo de Monteagudo.

En la Asamblea del año XIII, en la que tuvo tareas administrativas, difundió tesis republicanas; aunque al igual que otros morenistas, no aceptó a los diputados de Artigas ni sus instrucciones, dejándose conducir por los sectores alvearistas.

Se vinculó con el coronel Dorrego, y el Directorio lo expulsó en 1817 del Río de la Plata.

En Baltimore, EE.UU., se reunió con los federales y se graduó de médico.

Regresó a Buenos Aires en 1821. Aquí fundó el departamento de Medicina de la Universidad de Buenos Aires, y dictó la cátedra de Química, siendo el primero en dar clases públicas

de esa disciplina en el país, lo que le valió el mote de “Don Óxido”.

En su laboratorio encendió cuatro lámparas a gas, algo nunca visto aquí hasta entonces.

Fue ministro de Gobierno del coronel Dorrego, y luego diplomático en Londres y Norteamérica hasta la batalla de Caseros, cuando regresa al país y se aparta de la política, refugiándose en la medicina y la química.

Le debemos, además, haber conservado el archivo personal de Mariano Moreno, tarea que realizó junto a su viuda, Guadalupe Cuenca.

Embarcado rumbo a la muerte

Los motivos que tuvo Mariano Moreno para aceptar la misión diplomática que lo alejaba del país son un tema de debate todavía no resuelto.

Lo real es que aceptó apartarse del teatro de operaciones, posiblemente con el acuerdo de su grupo político, y viajar en misión secreta a Inglaterra.

Le permitieron llevar a dos jóvenes acompañantes: su hermano Manuel y Tomás Guido, quien sería luego el confidente de San Martín y un general importante en la Guerra de la Independencia.

Embarcado en la fragata británica La Fama, Mariano le manifiesta a su hermano Manuel *“que lo espera una cosa funesta, y que cuando llegue a Inglaterra explicará los motivos en la transacción que produjo los últimos disgustos...”* (Manuel Moreno, *Vida y memorias de Mariano Moreno*).

Ni bien embarcado, su mujer, Guadalupe Cuenca, recibe en Buenos Aires un regalo: guantes, sombrero y manto negro; es decir, la vestimenta para una viuda.

El vapor La Fama no llevaba médico a bordo. Frente a las costas de Brasil, Moreno se descompone. El capitán del buque, en un momento en que sus dos acompañantes lo dejan solo, le administra un medicamento. El mismo tenía como base anti-

monio y potasa, cuya elevada dosis le causa la muerte. El propio capitán reconoció que esa dosis fue un error.

En su libro, Manuel Moreno cuenta que los últimos momentos de su hermano fueron similares a los de Sócrates, el filósofo griego que murió envenenado.

Otro dato inquietante es que el decreto que designaba a Mariano Moreno como diplomático nombraba también a un reemplazante, para el caso de que el Dr. Moreno falleciera: un hecho no habitual, más si tenemos en cuenta que éste apenas había cumplido los 31 años.

María Guadalupe Cuenca

María Guadalupe Cuenca nació en Chuquisaca (actual Sucre, Bolivia) en 1790. A los 14 años, el 20 de mayo de 1804, se casó con Mariano Moreno. Al año siguiente la pareja llegó a Buenos Aires con un hijo de ocho meses.

Moreno, derrotado dentro de la Primera Junta, se embarca para Europa el 25 de enero de 1811, en una misión secreta que le fue conferida.

Comienza entonces la producción de una serie de cartas que Guadalupe le escribe, y que tienen una particularidad: no llegan nunca a manos de Moreno. La primera de ellas está fechada el 14 de marzo de 1811, diez días después de su muerte en alta mar.

Este episodio se conoce como “las cartas que nunca llegaron”.

Se calcula que María Guadalupe recibe desde Londres, recién en el mes de agosto, correspondencia de su cuñado Manuel anunciándole el fallecimiento de Mariano.

Acosada por las privaciones, solicita al gobierno una pensión. El segundo Triunvirato se la otorga, pero el Directorio jamás se la paga.

María Guadalupe Cuenca falleció en Buenos Aires el 1° de septiembre de 1854.

Esas cartas que le escribió a su esposo sin saber que había muerto contienen amor, un poco de celos, historias familiares y también algunos comentarios políticos. En ellas hace un asombroso resumen de cómo las fuerzas que derrotaron a Moreno

están acabando con toda la corriente morenista, valoración política que explica las razones por las cuales la historia oficial las excluyó de la historia.

La corriente morenista, que había reaparecido aunque con menos fuerza en el segundo Triunvirato, es perseguida por el Directorio. Manuel Moreno, expulsado del país, se vincula con los federales en EE.UU., mientras que Bernardo de Monteagudo y Tomás Guido, otros de sus integrantes, colaboran con San Martín.

Guadalupe Cuenca, que fue parte de esa corriente, cuidó las cartas recibidas en vida de su esposo como así también sus archivos, colaborando con su cuñado Manuel cuando éste fue ministro del coronel Dorrego y embajador de Rosas en Inglaterra y en EE.UU. Ambos regresaron al país luego de Caseros y no intervinieron más en política.

María Guadalupe Cuenca fue una mujer revolucionaria, inteligente, y políticamente parte de la corriente morenista jacobina.

Cartas que nunca llegaron

Guadalupe Cuenca le escribe a Mariano Moreno, desde Buenos Aires, sin saber que ya había muerto:

“Buenos Aires, 20 de abril de 1811. Mi amado Moreno de mi corazón: me alegraré que lo pases bien en compañía de Manuel, nosotras quedamos buenas y nuestro Marianito un poco mejorado, gracias a Dios (...) Ay, Moreno de mi vida, qué trabajo me cuesta el vivir sin vos, todo lo que hago me parece mal hecho, hasta ahora mis pocas salidas se reducen a lo de tu madre; no he pagado visita ninguna, las gentes, la casa, todo me parece triste, van a hacer tres meses que te fuiste pero ya me parecen tres años; estas cosas que acaban de suceder con los vocales, me es un puñal en el corazón, porque veo que cada día se asegura más Saavedra en el mando, y tu partido se tira a cortar de raíz (...).

“Los han desterrado, a Mendoza, a Azcuénaga y Posadas; Larrea, a San Juan; Peña, a la punta de San Luis; Vieytes, a la misma; French, Beruti, Donado, el Dr. Vieytes y Cardoso, a Patagones; hoy te mando el manifiesto para que veas cómo mienten estos infames; Agrelo es el editor de “Gacetas” con dos mil pesos de renta, por si acaso no has recibido carta en que te prevengo que no le escribas a este vil porque anda hablando pestes de vos y adulando a Saavedra (...) Del pobre Castelli hablan incendios, que ha robado, que es borracho, que hace injusticias, no saben cómo acriminarlo, hasta han

dicho que no los dejó confesarse a Nieto y los demás que pasaron por las armas en Potosí, ya está vista que los que se han sacrificado son los que salen peor que todos, el ejemplo lo tienes en vos mismo, y en estos pobres que están padeciendo después que han trabajado tanto, y así, mi querido Moreno, ésta y no más, porque Saavedra y los pícaros como él son los que se aprovechan y no la Patria, pues a mi parecer lo que vos y los demás patriotas trabajaron está perdido porque éstos no tratan sino de su interés particular (...).”

Otra

“Buenos Aires, junio 9 de 1811. Se cumplen cuatro meses de tu salida, y todavía no tengo el consuelo de recibir carta tuya (...) me parece que me has olvidado, te pido perdón mi querido Moreno, si ves que tu comisión es para largo tiempo mándame llevar; sabes muy bien la vida llena de amargura que estoy pasando sin vos (...) para no molestarte más, conoces muy bien lo mucho que te amo.

“(...) Nuestro Mariano sigue en la escuela, sabe de memoria poco menos de la mitad del catecismo, anoche le estaba yo contando del hijo pródigo y se echó a llorar, le pregunté de qué lloraba, y me dice, ay, mi madre, dónde estará mi padre (...)

“El Paraguay ya se ha unido con nosotros, lo han tomado preso a Velasco y otros, y piden a Belgrano porque es precisa su persona para dirigirlos en el Paraguay; la

Junta que han hecho allí lo pide llenándolo de alabanzas y el oficio se lo dirigen a él y no a la Junta. Él, como ya te he dicho en otra carta, vino a llamado de ese pueblo que dicen ellos que fue para dar cuenta del ejército, le quitaron el grado de Brigadier, llega Belgrano y no quiere asistir a la Junta diciendo que él es reo y viene a ser juzgado, empiezan los otros a decirle que todo quedará en nada, se compusieron, lo hicieron callar, en esto lo piden del Paraguay como a su ángel tutelar; ya vos te haces cargo sin que yo te diga el motivo por lo que no quieren que vaya y después de haberle dicho que todo queda en nada, salen con que no puede ir y que es preciso que se le haga consejo de guerra, así se están portando estos señores con el pobre Belgrano.

“La Colonia la desampararon los de Montevideo y tomaron los nuestros los cañones que dejaron clavados y dicen que ya están muy cerca de Montevideo. Dios quiera que pronto se unan, y que vos puedas volver cuanto antes; de la expedición del Perú, escribe Rufino a su padre con fecha de 2 de mayo, que sale con su regimiento de caballería otro regimiento de La Paz, seis mil cochabambinos, y el regimiento de Viamonte todos a acuartelarse seis leguas de Goyeneche, y dice que dentro de un mes se batirán, Dios les dé acierto; los diputados de arriba no aparecen, yo no sé cuál será el motivo de su tardanza. En esta tu casa no hay nada de nuevo (...) decile a Guido, si te parece, que dice la mujer del presidente que él tiene la culpa de la quitada de los honores.”¹

¹ Fragmentos de las cartas tomados de Enrique Álzaga, *Cartas que nunca llegaron*, Buenos Aires, Emecé Editores, 1967.

Toussaint Louverture y la revolución de Haití

Los jacobinos negros. Toussaint Louverture y la Revolución de Haití, escrito por el historiador marxista C. L. R. James en 1938, analiza el complejo y singular proceso que llevó a la independencia de Haití, la única experiencia de una sublevación victoriosa de esclavos, la única revolución de independencia que fue al mismo tiempo sepulcra de la esclavitud.

Es más, se trata de la única insurrección de esclavos triunfante en toda la historia de la humanidad.

Fue una insurrección antiesclavista, anticolonial y antirracista, con un costo heroico de millones de muertos. Se la considera uno de los antecedentes de nuestra Revolución de Mayo.

La burguesía revolucionaria triunfante en Francia desde 1779 se debatía, dramáticamente, entre los principios de su revolución, que había manifestado en la Declaración de los Derechos del Hombre, y la posible derogación de la esclavitud en las colonias francesas de ultramar.

Mantener la relación esclavista era fundamental para su economía –Marx estudió el papel del despojo colonial en la primitiva acumulación del capital– y esa burguesía no vaciló en sostener tal relación, pasando por alto la contradicción que implicaba con los principios proclamados.

Y para sostenerla apeló a las acciones más brutales. Terribles salvajadas sufrieron los esclavos: hierros en las manos, maderos

en los pies, máscaras de latón en la cara para que no pudieran chupar ni una pizca de azúcar, mutilación de piernas, genitales, oídos. Les lanzaban cera o azúcar hirviendo hasta matarlos, los enterraban vivos hasta la cabeza, que luego untaban con melaza para que acudieran los insectos.

Así las cosas no sorprenden las matanzas de blancos en cada revuelta de esclavos.

Toussaint Louverture, un esclavo negro haitiano, se unió a la rebelión de los esclavos de las plantaciones de Santo Domingo, a finales del siglo dieciocho, en contra de la esclavitud y su inmenso sufrimiento

Además de ser jefe indiscutido de la revuelta, sentó las bases para la independencia de Haití como primer Estado dirigido por esclavos negros.

La lucha duró siete años. Fueron tiempos de guerra popular, insurrecciones de esclavos, toma del poder, utilización de la guerrilla. En el transcurso de esta guerra se formaron repúblicas campesinas en distintos lugares, verdaderas zonas liberadas.

Los ingleses invadieron la isla, y fueron expulsados por los revolucionarios insurrectos. Posteriormente, Napoleón mandó un ejército de 60.000 hombres, que también fue derrotado.

Toussaint Louverture fue apresado y llevado a Francia la noche del 7 al 8 de junio de 1802. Arrojado en una mazmorra húmeda y fría, fue asesinado, lentamente, por orden de Napoleón, a cuyas tropas había derrotado utilizando la táctica de guerrillas.

Pablo Neruda tiene, en su Canto general, un poema dedicado a este libertador.

Una historia de la Revolución Francesa sería incompleta sin la historia de las rebeliones de esclavos en Haití, porque son cara y contracara de principios y declaraciones que valen o se niegan, según se apliquen en Europa o en las colonias.

C. L. R. James nos introduce en el sufrimiento de los países oprimidos, prácticamente desde el inicio de nuestra Independencia. Analiza en su libro las contradicciones entre los imperios francés, británico e incluso el español, que dominaba otra parte de la isla, ya de capa caída en aquel momento histórico, así como las clases sociales que conformaron esa sociedad concreta, sumamente compleja y con intereses cruzados de las potencias de la época.

Aparecen también en sus páginas las vinculaciones de los jacobinos negros con las luchas políticas en la propia Francia continental y su repercusión en la isla.

L'Ouverture tenía una formación nutrida en los clásicos de la Revolución Francesa, aplicó métodos de terror contra los enemigos y desarrolló estrategias militares y políticas realmente creadoras, fue el caudillo de esta revolución. Ningún país reconoció la independencia de los esclavos que derrotaron a Napoleón.

Alejandro Petión, otro patriota haitiano olvidado

Cuando estalló la Revolución Francesa, Alejandro Petión, nacido en Haití en 1770, respaldó la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano y reclamó su aplicación en la colonia.

Tenía 19 años cuando tomó parte, al lado de los criollos, en el primer gran combate contra los franceses de la metrópoli.

En las filas de Toussaint Louverture primero, y luego de André Rigaud, se ganó la fama de ser buen artillero, y el más bondadoso de los jefes.

En 1801 emprendió la guerra contra las tropas francesas enviadas por Napoleón Bonaparte a Haití. En 1803 creó con Dessalines, en Arcahaie, la bandera nacional de Haití y fue uno de los primeros signatarios del Acta de la Independencia, proclamada el 1 de enero de 1804.

En 1806 dio al país su primera Constitución y el 9 de marzo de 1807 fue elegido Presidente. Para combatir la esclavitud en el Caribe, hizo incluir en la Constitución de 1816: *“todo africano, indio, así como sus descendientes en las colonias que (vengan) a establecerse en la República (serán) reconocidos como haitianos”*.

Petión recibió a Simón Bolívar, el libertador venezolano, el 2 de enero de 1816, y puso a su disposición más de 6.000 fusiles con sus bayonetas, municiones, plomo, víveres, una imprenta completa, el flete de algunas goletas y una importante suma de

dinero. Además, permitió que ciudadanos haitianos se alistaran en la expedición.

Como precio pidió al Libertador que proclamara la abolición de la esclavitud en todas las tierras que lograra liberar.

Por lo que pudimos estudiar, Bolívar cumplió con su compromiso antiesclavista. Y toda su vida conservó su agradecimiento para Petión, a quien calificó de “magnánimo” y de “primer bienhechor de la tierra a quien un día la América proclamará su Libertador”.

Los estribillos populares y la historia argentina

Las masas populares son las protagonistas de la historia, y la lucha de clases el motor de cada avance o retroceso de una sociedad concreta.

El estudio científico es un instrumento imprescindible para interpretar la historia. Sin sus categorías, la historia se convierte en una simple crónica de hechos, en una información que no penetra en las razones profundas de cada acontecimiento.

La historia son hechos, analizados e investigados con un método científico. Si se prescinde de los hechos, reemplazamos la historia con fórmulas generales, y en definitiva, nos aguardarán dificultades para conocer nuestro pasado concreto, para saber de dónde venimos, para entender que la historia es, en definitiva, la política en tiempo pasado.

Los dogmáticos usan las categorías generales para no estudiar la historia concreta. Los empiristas o practicistas, con la ventaja que da saber cómo terminaron los hechos investigados, omiten el análisis concreto y particular de cada proceso, ocultando el papel activo de las masas, la lucha de clases, los líderes, la época, etc.

En los análisis empiristas existe el final de cada tema investigado, pero se omite el motor de los acontecimientos que provocaron este final y no otro; en consecuencia, se convierte la investigación histórica en noticias históricas, en hechos acumulados sin la dialéctica que ayuda a descubrir lo fundamental y contradictorio de cada momento.

Ambas deformaciones facilitan el objetivo de las clases dominantes, que suelen presentar sus intereses propios como si fueran los intereses generales de toda la sociedad.

Un instrumento útil para medir la participación popular en un acontecimiento revolucionario, son los estribillos y las canciones populares, que las masas incorporan a su lucha.

Así, por ejemplo, cuando el virrey Sobremonte escapó sin enfrentar las invasiones inglesas, las masas populares repetían:

Mientras combatían los valientes, escapaban Sobremonte y sus parientes...

Una canción popular circulaba por Buenos Aires en los días de junio de 1810:

No queremos reina puta.

No queremos rey cabrón.

Ni queremos nos gobierne esa infame y vil nación.

Prestamos mucha atención a estas manifestaciones del sentimiento profundo de las masas populares, del cual cada período revolucionario tiene muchas muestras. Junto a la tradición oral, permiten aproximarnos a la interpretación de nuestra Revolución de Mayo, nuestra gloriosa insurrección, como la llamó Moreno, la única revolución popular triunfante que pudimos hacer los argentinos hasta ahora.

De Pablo Neruda a Toussaint L'Ouverture

*Haití, de su dulzura enmarañada,
extrae pétalos patéticos,
rectitud de jardines, edificios
de la grandeza, arrulla
el mar como un abuelo oscuro
su antigua dignidad de piel y espacio.*

*ToussaintL'Ouverture anuda
la vegetal soberanía,
la majestad encadenada,
la sorda voz de los tambores
y ataca, cierra el paso, sube,
ordena, expulsa, desafía
como un monarca natural,
hasta que en la red tenebrosa
cae y lo llevan por los mares
arrastrado y atropellado
como el regreso de su raza,
tirado a la muerte secreta
de las sentinas y los sótanos.*

*Pero en la Isla arden las peñas,
hablan las ramas escondidas,
se transmiten las esperanzas,
surgen los muros del baluarte.
La libertad es bosque tuyo,
oscuro hermano, preserva
tu memoria de sufrimientos
y que los héroes pasados
custodien tu mágica espuma.*

Pablo Neruda, *Canto general*, XXX, Buenos Aires,
Losada, 1971, págs. 116-7.

Sarmiento y el censo de 1869

Los días 15, 16 y 17 de septiembre de 1869, bajo la presidencia de Sarmiento, se realizó el primer censo nacional.

Las clases dominantes argentinas venían de derrocar al presidente Bernardo Prudencio Berro en el Uruguay, y en alianza con los esclavistas del Brasil, cometieron el genocidio del pueblo paraguayo.

Hacia el interior de nuestro país habían ahogado en sangre las rebeldías que estallaron en Cuyo, y demostrando que manejan un Estado encararon el censo nacional de 1869: si no hay Estado, no puede haber censo.

La cantidad de lugares del interior donde no se pudo censar muestran claramente que vastos territorios nacionales y su población escapaban todavía al dominio del gobierno nacional en aquel momento histórico.

La historia oficial vendió el censo de 1869 como una iniciativa vinculada al progreso, a la organización definitiva de una sociedad vinculada con la “civilización”. Una mirada más profunda nos revela que fue un instrumento de dominación y ocultamiento.

Resulta interesante estudiar el decreto que organiza el censo, para entender su objetivo político: compararse con Europa y vender la Argentina en Europa, es decir, atraer inmigración europea y capitales, sobre todo de ese continente.

Con el resultado del censo tenían una primera aproximación de la base social del momento; se ofrecía a la inmigración y al capital externo un territorio, un mapa de la población y se resalta la falta total de capitales.

El relevamiento se llevó a cabo exclusivamente hasta el Río Salado en el sur, parte de Santa Fe y Corrientes, Córdoba, San Luis, parte de Santiago del Estero y Cuyo.

Quedaron excluidos Chaco, Formosa, Misiones y toda la Patagonia.

Todo lo que no se censó quedó expuesto como fuera de la frontera hasta donde llegaba entonces el Estado. Quedaron fuera la mayoría de los pueblos originarios. A los originarios que en el norte de Santa Fe trabajaban prácticamente como esclavos en los obrajes, como no tenían apellido, se les consignó como tal el nombre que les daban los blancos: Mataco.

La información censal aclara que no son bautizados y que no hablan castellano. Esto es notable, porque en el decreto de convocatoria se prohíbe preguntar por la religión.

El censo arrojó 1.800.000 habitantes y un cálculo aproximado de trescientos grupos y comunidades que no se pudieron censar porque no estaban incorporados a lo que el gobierno llamaba “civilización”.

Estaban en preparación las medidas económicas y políticas que se aplicarían en la década de 1880.

La historiadora cuyana Susana Ramella llama al censo de 1869 “elitista, europeizante y racista”.

Censo, historia y política, son también temas dignos de ser estudiados para comprender nuestro pasado, la manipulación de los datos y su instrumentación al servicio de las clases dominantes, que a través de su Estado oligárquico fueron compilando elementos para reforzar su hegemonía y al mismo tiempo, preparar planes futuros de dominación.

Censos nacionales y política

El censo de 1895 reflejó las nuevas conquistas territoriales, el avance y la penetración del capital extranjero, la presencia de inmigrantes europeos, quienes junto a los trabajadores criollos daban cuenta de una incipiente clase obrera.

Se verificó la existencia de inversiones imperialistas en ferrocarriles, frigoríficos, puertos y finanzas.

Este censo midió los resultados inmediatos de la política aplicada por la llamada “Generación del 80”.

El Estado nacional hacía inventario, mostrando que, entonces sí, se extendía sobre todo el territorio nacional, con la consolidación de la Capital Federal ya federalizada la ciudad de Buenos Aires, un Ejército y una moneda únicos, el genocidio de los pueblos originarios, y los acuerdos y empréstitos con el capital imperialista. Con el censo midieron el comercio exterior, la población y la producción interna. Desde la presidencia de Mitre hasta allí, 1895, el Estado fue un elemento central para generar políticas.

El censo de 1914 coincidió con la primera Guerra Mundial, y una división interna de la oligarquía. El transitorio debilitamiento de la opresión imperialista, a causa de la guerra, permitió aflorar una incipiente corriente industrialista.

El censo reflejó el crecimiento de las capas medias urbanas, y que la población de las ciudades superaba a la rural, por primera vez en la historia argentina.

La oligarquía y el latifundio despoblaban el campo, y los sufridos inmigrantes terminaban en los conventillos.

Durante varias décadas no se hace otro censo, hasta que en 1947, el gobierno del Gral. Perón mide población, industrias, comercio exterior y migraciones internas; datos indispensables para diseñar sus planes quinquenales.

Estos cuatro censos se corresponden con momentos de acumulación y alianzas de clases de nuestra historia, que es muy interesante poner en evidencia.

Analizar los diez o quince años siguientes a la realización del censo permite ver la utilización política de los datos obtenidos. Esos datos merecen ser estudiados en particular, porque aproximan a la base material de nuestra sociedad, y también al rol del Estado en un país dependiente y oprimido como el nuestro.

Moreno y la minería

El accidente de los mineros chilenos en 2010 y su rescate fueron seguidos por millones de personas en todo el mundo. Se trataba de la explotación privada de una mina. El hecho generó numerosos debates.

En nuestra Argentina, la Constitución justicialista de 1949 había nacionalizado todo el subsuelo, en consecuencia el petróleo y gran parte de la minería eran de explotación exclusivamente estatal.

Ya en 1810, el programa de Mariano Moreno para la minería y los recursos naturales, expresado en el Plan de Operaciones, declaraba:

“Prohibición absoluta a los particulares para trabajar minas de plata y oro, quedando el arbitrio de beneficiarla y sacar sus tesoros por cuenta de la Nación y esto por el término de 10 años, imponiendo pena capital y confiscación de bienes, con perjuicio de acreedores y de cualquier otro que infringiese la citada determinación (...) Quien tal intentase, robará a todos los miembros del Estado, por cuanto queda reservado este ramo para adelantamientos de fondos públicos y bienes de la sociedad.”

“Se obliga a todos los mineros a que se deshagan de todos los instrumentos, vendiéndolos al Estado por sus justas tasaciones, igualmente los repuestos de azogue y utensilios (...)”

Más adelante el Plan de Operaciones consigna:

“El Estado debe asimismo tratar la creación de casas de ingenios, dotándolas de buenos ingenieros y tratar nuevos descubrimientos minerales con el fin de acopiar todo el tesoro posible.”

La corriente revolucionaria morenista fue derrotada. Queda como tarea pendiente para realizar en la Segunda Independencia la nacionalización de la explotación de los recursos mineros.

Que viva la pepa

Cuando se produce nuestra gloriosa insurrección del 25 de mayo de 1810, España estaba invadida por los ejércitos de Napoleón. Éste había designado rey de España a su hermano José. Afecto sobremanera a la bebida, el nuevo monarca fue rápidamente bautizado por la resistencia española como “Pepe Botella”.

Los invasores franceses tenían claro la famosa frase de Napoleón: “Las espadas sirven para muchas cosas, menos para sentarse sobre ellas”. Combinaron entonces una represión brutal y feroz sobre el pueblo español, que fue el aspecto principal de su política, con el dictado de una Constitución que trasladaba algunas conquistas democráticas de la Revolución Francesa a la España absolutista.

Esta Constitución otorgaba algunos derechos y garantías en la vida cotidiana, y fue rápidamente bautizada por el pueblo español como “La Pepa”, en referencia a “Pepe Botella”, que la dictó.

Durante algunos pocos años, los desórdenes domésticos y locales, las peleas y borracheras, no podían ser reprimidos sin un proceso legal que garantizara los derechos individuales que estaban amparados por “La Pepa”.

En el pueblo español se generó así la expresión “Viva la Pepa” como recibimiento a los derechos individuales.

También se extendió a la definición de un desorden, imposible de encauzar con la autoridad, calificándose a los tumultos, o a las situaciones caóticas como un “viva la Pepa”.

Esta oxigenación de la burguesía democrática francesa se realizaba sin destruir el latifundio español y las bases materiales del absolutismo, razón por la cual, cuando la guerra con Inglaterra termina en 1815, y se produce la restauración de Fernando VII en el trono de España, un sector muy grande de las masas populares apoyó el absolutismo monárquico restaurado. Carlos Marx, que estudió la Revolución Española con detenimiento, señala algunos aspectos de este fenómeno político.

El “Viva la Pepa” devino en un cascarón sin contenido, pero se siguió usando en su significación extendida, en una situación de caos.

José Bonaparte –“Pepe Botella”– tenía hacia América una línea activa que básicamente planteaba a los patriotas americanos someterse a la España gobernada por los franceses. En este sentido produjo la “Proclama del rey José a los americanos españoles” del 22 de marzo de 1810. Francia estaba en guerra contra Inglaterra, razón por la cual la proclama contiene alertas sobre las intenciones de los ingleses en América.

No había nacido la patria y ya se la disputaban las metrópolis europeas.

Rafael del Riego, un general desobediente

La Constitución española de 1812, del rey José (“Pepe Botella”), fue derogada cuando la Santa Alianza impuso la restauración de Fernando VII.

Los ingleses habían derrotado a Napoleón y los vientos absolutistas en España se proponían recuperar las colonias de ultramar, invadir y someter de nuevo a América.

Con tal fin en 1819 se organiza en Sevilla un ejército de miles de hombres, con la intención de trasladarse a estas tierras y aplastar las revoluciones patrias.

Rafael del Riego, general asturiano, al frente de dicho ejército, había combatido contra los franceses, por quienes fue tomado prisionero.

En ese encarcelamiento tomó contacto con las ideas de la Revolución Francesa.

El 1º de enero de 1820 se insubordina. El ejército no viaja hacia América, y, por el contrario, obliga a Fernando VII a reimplantar la Constitución de 1812 (“La Pepa”).

Se inicia así en España un trienio liberal (1820-1823), en el que rige nuevamente “La Pepa”.

Del Riego le da también a España un himno combatiente, versión española de la Marsellesa, que en la década de 1930 es adoptado por la Segunda República como canción patria.

Finalmente, la Santa Alianza envía sus ejércitos y lo derrota, para luego fusilarlo.

Pero el tiempo había pasado, y ya era demasiado tarde para que el absolutismo pudiera reimplantar sus dominios en América.

El general Del Riego expresaba una corriente democrática que había protagonizado las rebeliones de 1808 en España, y que fue derrotada militarmente.

Algunos de sus integrantes viajaron hacia estas tierras, con el grado militar incluido, incorporándose a la lucha revolucionaria.

Con José de San Martín, llegan el 9 de marzo de 1812 varios oficiales del ejército español, algunos de ellos españoles de nacimiento, como Francisco Chilavert, el Barón de Holmberg, Francisco Vera y otros, un total de casi 50 cuadros militares.

Esta corriente político-militar se incorporó a nuestros ejércitos y jugó un papel importante en la guerra de la Independencia.

El 3 de febrero de 1813, luego del combate de San Lorenzo, el jefe de las fuerzas realistas, capitán español Zabala, almuerza con San Martín y posteriormente se integra como jefe en el Ejército de Los Andes.

Al homenajear al general Del Riego –semioculto en las historias oficiales–, recordamos a todos los militares españoles que cambiando de bando, se integraron con los patriotas en la causa americana.

Los retratos de San Martín

No existen retratos de José de San Martín en España, donde vivió y combatió hasta tener más de 30 años. Tampoco hay retrato alguno realizado en lo que es hoy la Argentina.

El primer óleo del Libertador que se conoce lo pintó José Gil de Castro en Chile, luego de la batalla de Maipú, obedeciendo a la necesidad política de difundir la imagen del jefe militar que había conducido el ejército vencedor.

Gil de Castro era un hombre inteligente, pintor, ingeniero, cosmógrafo y topógrafo. Hijo de una esclava negra y de un militar español, la derrota de Rancagua lo encuentra en aquel país, desde donde pasa a Mendoza con un grupo de militares chilenos que se integraron al Ejército de Los Andes.

San Martín, que apreciaba sus dotes de dibujante y de cosmógrafo, le dio tareas de logística, retirándolo del combate directo.

El general y el mulato fueron amigos. Relación fortalecida con el gusto de ambos por el ajedrez, de fuerte arraigo entre los oficiales españoles, juego para el cual Gil desarrolló una nomenclatura para anotar las partidas.

San Martín posó en persona para el retrato, autorizando varias copias, que se distribuyeron en lugares estratégicos. Una de ellas presidió el acto por la Independencia de Chile.

Este retrato, donde el artista reflejó el rostro de oscuros rasgos mestizos del Libertador, estuvo siempre lejos de las preferencias de las clases dominantes argentinas. Difundieron, en cambio,

una imagen realizada en Bélgica, que fabrica un San Martín más europeo, de piel blanca, más apto para la historia oficial que pergeña un “Santo de la Espada”.

La historia de este último retrato es sencilla. El general John Miller, que había combatido por la independencia de EE.UU., conoció a San Martín en América. Se reencontraron luego en Bruselas, y allí le pidió permiso para ilustrar sus memorias con un retrato del Libertador.

Obtenido el acuerdo, Miller contrató a un afamado retratista para que reconstruyera su imagen en la época de mayor gloria: la Guerra de la Independencia de América.

El artista trabajó sobre la base del San Martín que conocía de Bruselas, y lo imaginó con 20 años menos, y al estilo europeo.

Las clases dominantes argentinas, que marchaban hacia el genocidio de los pueblos originarios violando su propia Constitución que ordenaba “mantener el trato pacífico con los indios”, optaron por el ocultamiento de las imágenes del Libertador que reproducían sus rasgos originarios.

En 1883 comenzaron a usar masivamente la imagen embellecida, que todavía persiste en los actuales billetes de cinco pesos. También, en las paredes y publicaciones oficiales, y en las estampillas del correo.

Los estandartes simbólicos ocultan el papel de las masas originarias, mulatas, mestizas, de libertos y campesinos pobres en la Guerra de la Independencia, y al mismo tiempo fabrican un jefe europeo, que nos habría venido a liberar.

En la actualidad, el retrato realizado por el mulato Gil de Castro permanece muy poco difundido. Una de las copias originales se encuentra en el museo histórico del Parque Lezama.

Existe también un retrato de San Martín en la vejez, tomado con un daguerrotipo. Y hay dibujos de artistas populares, que con su arte combatieron la difusión falsificada y embellecida que realizaron las clases dominantes, entre ellos el que compuso Ricardo Carpani.

Cuando Alberdi conoció a San Martín

Juan Bautista Alberdi escribió las *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*; sin embargo, debió vivir en el exilio durante 40 años, primero en la época de Rosas, y luego porque los terratenientes y comerciantes del puerto de Buenos Aires no le perdonaron haber tenido una actitud de digna oposición a la guerra contra el Paraguay.

Estando en París conoció al general San Martín.

Con anterioridad, había dejado en su *Memoria descriptiva del Tucumán* un emocionado recuerdo de Belgrano.

Transcribimos una parte de la descripción que Alberdi hace del Libertador:

París, 1 de septiembre de 1843

¡Qué diferente lo hallé del tipo que yo me había formado oyendo las descripciones hiperbólicas que me habían hecho de él sus admiradores en América! Por ejemplo: Yo le esperaba más alto, y no es sino un poco más alto que los hombres de mediana estatura. Yo le creía un indio, como tantas veces me lo habían pintado, y no es más que un hombre de color moreno (...) Yo le suponía grueso, y, sin embargo de que lo está más que cuando hacía la guerra en América, me ha parecido más bien delgado; yo creía que su aspecto y porte debían

tener algo de grave y solemne, pero le hallé vivo y fácil en sus ademanes, y su marcha, aunque grave, desnuda de todo viso de afectación. Me llamó la atención su mental de su voz, notablemente gruesa y varonil. Habla sin la menor afectación, con toda la llanura de un hombre común.

Al ver el modo de cómo se considera él mismo, se diría que este hombre no había hecho nada de notable en el mundo, porque parece que él es el primero en creerlo así (...) El general San Martín padece en su salud cuando está en inacción, y se cura con sólo ponerse en movimiento.

De aquí puede inferirse la fiebre de acción de que este hombre extraordinario debió estar poseído en los años de su tempestuosa juventud. Su cabeza, que no es grande, conserva todos sus cabellos, blancos; no usa patilla ni bigote, a pesar que hoy lo llevan por moda hasta los más pacíficos ancianos. Su frente, que no anuncia un gran pensador, promete, sin embargo, una inteligencia clara y despejada, un espíritu deliberado y audaz. Sus grandes cejas negras suben hacia el medio de la frente cada vez que se abren sus ojos, llenos aún del fuego de la juventud.

Estaba vestido con sencillez y propiedad: corbata negra, atada con negligencia; chaleco de seda negro; levita del mismo color; pantalón mezcla de celeste; zapatos grandes. Cuando se paró para despedirse acepté

y cerré con las dos manos la derecha del gran hombre que había hecho vibrar la espada libertadora de Chile y el Perú. No obstante su larga residencia en España, su acento es el mismo de nuestros hombres de América, coetáneos suyos. En su casa habla alternativamente el español y francés (...). Rara vez o nunca habla de política —jamás trae a la conversación con personas indiferentes sus campañas de Sudamérica—; sin embargo, en general le gusta hablar de empresas militares.

Un detalle interesante: tanto San Martín en Europa, como Artigas en su exilio paraguayo, no conversaban de política con extraños. Y para San Martín, Juan B. Alberdi era un desconocido en 1843. Es posible que lo haya considerado un enviado de los unitarios exiliados en Montevideo.

Cuando Sarmiento visitó a San Martín

Pocos años después del encuentro con Alberdi, San Martín fue visitado en París por Domingo F. Sarmiento (año 1846). Éste iba con una carta de recomendación del general Las Heras, además de estar muy vinculado al gobierno de Chile, país donde el general Bulnes, un antiguo guerrero de la Independencia, tenía mucha influencia.

Durante la entrevista, San Martín y Sarmiento no se pusieron de acuerdo. Hasta podría inferirse por el texto del visitante que terminaron disgustados.

El tema de la discordia fue la caracterización de la situación política, los fantasmas extranjeros y la independencia amenazada.

Sarmiento, despechado, le comentó en carta del 4 de septiembre de 1846 a su amigo Antonio Aberastain:

...va Ud. a buscar la opinión de los americanos mismos [en Europa] y por todas partes encuentra la misma incapacidad de juzgar. San Martín es el ariete desmontado ya que sirvió a la destrucción de los españoles; hombre de una pieza; anciano batido y ajado por las revoluciones americanas, ve en Rosas el defensor de la independencia amenazada y su ánimo noble se exalta y ofusca... San Martín era hombre viejo, con debilidades terrenales, con enfermedades de espíritu adquiridas en la vejez; habíamos vuelto a la época presente nombran-

do a Rosas y su sistema. Aquella inteligencia tan clara en otro tiempo, declina ahora; aquellos ojos tan penetrantes que de una mirada forjaban una página de la historia, estaban ahora turbios y allá en la lejana tierra veía fantasmas extranjeros, todas sus ideas se confundían, los españoles y las potencias extranjeras, la Patria, aquella Patria antigua, la estatua de piedra del antiguo héroe de la independencia, parecía enderezarse sobre el sarcófago para defender la América amenazada.

Pocos años después de la entrevista, se producía el bloqueo anglo-francés, y la heroica resistencia del combate de la Vuelta de Obligado, motivo por el cual podemos decir que San Martín no veía fantasmas: conocía la existencia de un peligro real, en un país oprimido y dependiente como el nuestro.

El texto de Sarmiento permite entender el pensamiento político de quienes en la década de 1860 llegaron al gobierno, preparando, primero con la guerra contra el Paraguay y luego con la represión de Cuyo, el camino hacia 1880.

San Martín analista militar

Jorge Dickson, que había sido cónsul de nuestro país en Londres, para luego transformarse en un importante comerciante inglés, se dirigió respetuosamente al general San Martín, consultándolo sobre el posible resultado de una intervención armada con motivo del conflicto anglo-francés en el Río de la Plata.

La respuesta de San Martín, fechada del 28 de diciembre de 1845 desde la ciudad de Nápoles, dice entre otras cosas:

Debo manifestar a Ud. mi firme convicción de que no lo conseguirán. (...) La firmeza de carácter del jefe que está actualmente a la cabeza de la República Argentina es conocida por todos, como asimismo el ascendiente que posee en las vastas llanuras de Buenos Aires y en las otras provincias. (...) Estoy persuadido de que ya sea por orgullo nacional, o por temor, o por la prevención heredada de los españoles contra el extranjero, cierto es que todos se unirán y tomaran una parte activa en la lucha. (...)

No tengo duda que con más o menos pérdida de hombres y de dinero, podrían obtener la posesión de Buenos Aires, aunque tomar una ciudad resuelta a defenderse es una de las más difíciles operaciones de la guerra, pero aún después de haber conseguido esto, estoy convencido de que no podrán conservarse por ningún tiempo en la capital. El alimento principal, o casi podría decir único, del pueblo es la carne, como igualmente que, con la ma-

yor facilidad, se puede retirar todo el ganado en muy pocos días, muchas leguas al interior, como también los caballos y todos los medios de transporte. En una palabra, que se puede formar un vasto desierto, impracticable al pasaje de un ejército europeo, el cual se expondría a tanto mayor peligro cuanto más crecido fuese su número.

Finalmente, con una fuerza de siete u ocho mil hombres de la caballería del país, y 25 piezas de artillería solamente, que el general Rosas mantendrá con la mayor facilidad, podrá perfectamente no sólo mantener un sitio riguroso en Buenos Aires, sino también impedir que ningún ejército europeo de 20.000 hombres penetre más de treinta leguas, sin exponerse a su ruina total por falta de recursos necesarios.

Tal es mi opinión, y la experiencia probará que es bien fundada.

Mr. Dickson publicó esta carta en el influyente diario londinense *Morning Chronicle* el 12 de febrero de 1846, seguramente como parte de una operación política destinada a influir sobre la opinión pública de Inglaterra, teniendo en cuenta que las Cámaras ya habían votado la intervención armada al Río de la Plata.

En nuestro país, fue publicada recién el 23 de mayo de 1846 por *La Gaceta Mercantil*.

El 29 de julio de ese año cayó en Inglaterra el ministerio que había planificado la intervención, y se formó nuevo Gabinete, con lo que el conflicto entró en otros parámetros.

Lo que nos interesa aquí, al reproducir estos fragmentos, es el análisis concreto que hace San Martín sobre una línea general de defensa para un país invadido, donde descuenta el apoyo y la participación de las masas y al mismo tiempo la voluntad de enfrentar que notaba en el gobierno de ese momento.

San Martín llega a Buenos Aires

José de San Martín llegó al Río de la Plata el 9 de marzo de 1812, a bordo de una fragata inglesa, acompañado por un importante grupo de oficiales españoles.

La noticia de su arribo ha llegado hasta nuestros días gracias a la colección de ejemplares del diario *La Gaceta de Buenos Aires*, periódico fundado por Mariano Moreno, que luego de la muerte del secretario de la Primera Junta fue dirigido y editado por Bernardo de Monteagudo.

La Gaceta... del 13 de marzo de 1812 comenta así la llegada del grupo:

(...) A este puerto ha llegado entre otros particulares que conducía la fragata inglesa, el teniente coronel José de San Martín, el capitán Francisco Vera, el alférez Zapiola, el capitán Chilavert, el alférez Carlos Alvear, el subteniente Antonio Arellano, y teniente Barón de Holmberg, estos individuos, han venido a ofrecer sus servicios al gobierno y han sido recibidos con la consideración que ofrecen por los sentimientos que protestan en obsequio de los intereses de la patria.

También comenta *La Gaceta* que la fragata inglesa traía la noticia de la caída de Cádiz.

Portaba, además, una carta de Manuel Moreno, que luego de la muerte de Mariano se había quedado en Londres cumpliendo tareas diplomáticas para el Triunvirato. El destinatario de esa carta era Tomás Guido —el otro secretario de Mariano Moreno—, que había regresado a Buenos Aires tomando tareas administrativas en el Triunvirato (y más tarde en la Asamblea del año XIII).

En la carta se le anunciaba que viajaban en esa fragata unos amigos, escapados de Cádiz. Guido habría oficiado de contacto con el Triunvirato, por pedido y recomendación de Manuel Moreno. El Triunvirato aceptó de inmediato los servicios de los militares recién llegados, lo que avala esta idea.

Guido fue con posterioridad el confidente de San Martín en muchos temas, y durante muchos años, prácticamente durante el resto de sus vidas, se escribieron y consultaron mutuamente.

Algunos testimonios indican que estando en Mendoza, San Martín ordenó que le llevaran allí todos los ejemplares del diario *La Gaceta* del período de mayo, es decir, el período en que la dirigía Mariano Moreno.

Por otra parte, Bernardo de Monteagudo pasó a colaborar con San Martín en Mendoza, y luego en Perú.

José Olaya, mártir de la guerra de la Independencia

Gil de Castro, aquel hijo de una esclava negra y de un militar español que había retratado a San Martín después de la batalla de Maipú, por intermediación y pedido del Libertador retrató posteriormente a Simón Bolívar y a casi todos los miembros de la élite que condujo la Guerra de la Independencia.

Prácticamente no existían pintores retratistas en América y los pocos que vivían en este continente estaban vinculados al Virreinato.

Algunos pueden decir que Gil de Castro era un pintor de escasos recursos técnicos –no somos los indicados para opinar sobre sus méritos artísticos– pero cabe destacar, desde el punto de vista de la lucha de nuestros pueblos, que la conducción de los ejércitos patrios le tenía confianza, y que no existe otro retratista que estuviera junto a ellos durante todos los tiempos de la guerra. Gil de Castro dejó retratos que nos permitieron tener una idea directa de cómo eran sus protagonistas. Por ejemplo, el de José Olaya.

¿Y quién fue el pescador José Olaya? Veamos.

San Martín tomó Lima, pero los absolutistas monárquicos conservaban Cusco y las Sierras Centrales.

Por motivos que no desarrollaremos aquí, San Martín renunció ante el Congreso Constituyente de Perú en 1822. Durante

junio y julio de 1823 los realistas retomaron Lima, obligando al gobierno patrio a refugiarse en la fortaleza del Callao.

La escuadra de barcos que respondía a los patriotas se comunicaba a través de correos secretos con la resistencia en Lima, el general Sucre y el gobierno refugiado dentro del Callao.

Uno de esos correos fue el pescador Olaya.

Aprovechando su oficio, Olaya transportaba información en las redes, y a veces a nado.

Pero fue descubierto. Le dieron 200 palos, 200 azotes, le arrancaron las uñas y el 29 de junio de 1823 fue fusilado.

Un mes después, los realistas abandonaron Lima, saqueando todo el oro y la plata posible, y vejando a parte de la población.

El pescador es uno de los patriotas casi anónimos, que contribuyó con su tarea a la independencia de América.

Gil de Castro lo sacó del olvido pocos años después de su fusilamiento mediante un retrato, que aún se conserva en Lima, ciudad en la que existe además un monumento que lo recuerda.

Sacar del olvido a los protagonistas de las masas populares que hacen la historia, a los que las clases dominantes ocultan o mantienen en el anonimato, también es una tarea de reconstrucción de la verdad histórica.

Las corrientes políticas de la sociedad latinoamericana vienen de larga data, y así como el reformismo, el posibilismo y la conciliación tienen su historia, también el heroísmo revolucionario tiene la suya.

A Sarmiento lo tomamos en serio

En 2011 se cumplieron 200 años del nacimiento de Domingo Faustino Sarmiento, y la polémica sigue con toda intensidad, porque su valoración se traslada a las trincheras actuales de la lucha política.

Homero Manzi decía que cuando Mitre murió, dejó a los terratenientes pro ingleses y al diario *La Nación* como custodios de sus valores políticos.

En cambio Sarmiento, en los últimos años de su vida se dedicó a rebobinar autocriticamente algunos de los esquemas políticos que con tanta furia había defendido durante décadas.

La historia oficial resalta los momentos de confluencia de Sarmiento con los vencedores de Pavón, hasta su llegada a la Presidencia, y oculta los momentos posteriores en que Sarmiento revisa su línea. También se oculta que la oligarquía no estaba satisfecha con su gobierno, y que lo criticó duramente desde los diarios *La Nación* y *La Prensa*.

Nosotros no tenemos ninguna confluencia estratégica con Sarmiento. Pero lo tomamos en serio. Porque reconocemos en él, al armador político que, con mayor o menor conciencia de ello, le entrega a las clases dominantes una herramienta poderosa para hegemonizar ideológicamente al resto del país, especialmente a las capas medias.

Las clases dominantes tienen la habilidad de presentar sus propios intereses como los intereses del conjunto de la sociedad, y para este objetivo, las teorizaciones de Sarmiento y su actuación política les sirvieron de plataforma y ejecución.

Es necesario leer y estudiar a Sarmiento, sobre todo al *Facundo*, porque constituye una explicación magnífica de la línea y objetivos que las clases dominantes lograron imponer en las décadas siguientes, y también el resaltado de la idea del “progreso” como motor de la historia.

Progreso que, en Sarmiento, dejaba de lado el país real y demandaba la construcción de uno nuevo, sobre la base de valores y teorías inspiradas en el capitalismo en desarrollo, y la posibilidad de la inmigración europea.

Muy pronto, el reinado del latifundio y la subordinación del conjunto del país a la elite oligárquica gobernante, harían letra muerta de las teorizaciones de Sarmiento. Ante el resultado práctico de sus aportes, el sanjuanino, en su vejez, llama a esos sectores “oligarcas bosteros”.

Como dice el cuento: ¡Tarde piaste!

Una niña de Ayohuma mendigando en Buenos Aires

Entre las mujeres a homenajear en el Día Internacional de la Mujer, recordamos aquí a María Remedios del Valle, una heroína de la Guerra de la Independencia, que integró el ejército patrio y terminó como mendiga en Buenos Aires, ante la indiferencia de quienes gobernaban en 1827.

Como “las niñas de Ayohuma” se conoce genéricamente a un grupo de mujeres que se integró al ejército del Norte, desarrollando tareas de logística y cuidado de los heridos.

Eran soldados del ejército patrio al mando del general Manuel Belgrano. Ejército que había sido derrotado en Vilcapugio y luego lo sería en Ayohuma, el 14 de noviembre de 1813. La zona en que se desarrolló el combate de Ayohuma queda en Bolivia, cerca de la ciudad de Potosí.

En la revista *Crónica histórica* N° 18, del año 1968, leemos:

Deambulando por la Plaza de la Victoria, en San Francisco, San Ignacio o Santo Domingo, podía verse en Buenos Aires, en 1827, a una anciana mendiga, de tez morena, que pedía limosna. Se alimentaba con los restos de comida y el pan que le daban en los conventos.

Era María Remedios del Valle. Nunca se supo cómo terminó en el Río de la Plata, pero era una de “las niñas de Ayohuma”, según se comentaba en la ciudad.

Habían pasado 14 años desde la batalla, y algunos veteranos la conocían. Un día el general Juan José Viamonte, después de mirarla detenidamente, le preguntó su nombre. Al oírlo se volvió a sus acompañantes:

Esta es “La capitana” –dijo–, “La Madre de la Patria”, la misma que nos acompañó al Alto Perú. Se trata de una verdadera heroína.

Viamonte no la olvidó. Cuando fue elegido diputado a la Sala de Representantes interpuso ante ésta, el 25 de setiembre de 1827, una solicitud de pensión por los servicios que María Remedios había prestados en la guerra de la Independencia.

Consiguió así que el 18 de febrero de 1828 se llevara el proyecto a la consideración de la Legislatura, donde, según consta en las actas, dijo:

Yo conocí a esta mujer en el Alto Perú y la reconozco ahora aquí, cuando vive pidiendo limosna (...) Esta mujer es realmente una benemérita. Ha seguido al ejército de la Patria desde el año 1810, y no hay acción en el Perú en la que no se haya encontrado. Es bien digna de ser atendida porque presenta su cuerpo lleno de heridas de bala, y lleno también de las cicatrices por los azotes recibidos de los enemigos, y no se debe permitir que deba mendigar como lo hace.

Según esas mismas actas, un diputado argumentó que la Provincia de Buenos Aires no tenía por qué hacerse cargo de un servicio prestado a toda la Nación; otro dijo que la Nación todavía no estaba organizada, por lo tanto había que esperar.

Sin embargo, la pensión fue votada por mayoría, y eso permitió que la historia se conociera. Pero jamás se la pagaron.

Su cadáver y su partida de defunción nunca fueron encontrados.

Juana Moro, la emparedada

Una muestra del carácter represivo y feroz que los absolutistas españoles practicaron contra la población patriota que resistía, es la técnica del emparedado o tapiado. Consistía en encerrar a una persona en una habitación, tapiarla y dejarla morir de hambre y de sed.

Esa técnica aplicaron con Juana Moro en Salta, en el año 1814.

¿Quién fue Juana Moro?

Había nacido en Jujuy. En 1802 se casó con un oficial español, radicándose en la ciudad de Salta.

Fue amante del marqués de Yavi, un miembro de la nobleza española que colaboró con Belgrano; un hombre de ideas democráticas que combatió luego con sus tropas a favor de las fuerzas patriotas en el Alto Perú.

El general Paz rescata en sus memorias al marqués de Yavi por su gran aporte al triunfo de Belgrano en la batalla de Salta.

Juana Moro, con 29 años, hacía de correo y nexos con el general Arenales y las tropas de la guerra de las Republiquetas.

Como su tarea era secreta, no se conoce el detalle de sus actividades.

Luego de la batalla de Ayohuma, el general español Pezuela pudo invadir la provincia de Salta en 1814, y con información sobre las tareas y la situación sentimental de Juana Moro, ordenó emparedarla en su propia casa.

Pocos días después, los monárquicos absolutistas tuvieron que abandonar la ciudad, lo que permitió que Juana fuera rescatada con vida.

Siguió cumpliendo tareas de inteligencia y nexos, vestida como hombre y como chola. Fue muy amiga de Serafina de Hoyos, la mujer del general Arenales.

Luego de declarada la Independencia continuó en Salta, y vivió muchos años, falleciendo casi centenaria en 1870.

Posiblemente existan más datos sobre esta mujer patriota y valiente, de la que apenas una escuela lleva su nombre. Existe una mención que la recuerda en el frente de la casa donde fue emparedada, en la calle España de la ciudad de Salta.

Rescatarla del olvido es nuestro homenaje, a ella y a los miles de heroínas y héroes populares de la Guerra de la Independencia.

El bloqueo francés de 1838

El 28 de marzo de 1838 se inició el bloqueo francés contra la Confederación, anunciado por el almirante Luis Francisco Leblanc, jefe de la escuadra invasora.

Derrotado Napoleón en 1815, las naciones triunfadoras, encabezadas por Inglaterra, hegemonizaron las décadas siguientes. No obstante, Francia no había desaparecido de la disputa mundial; por el contrario, se apoderó por la fuerza de Argelia, Costa de Marfil, Guinea, Camboya, Somalia, Túnez, Sudán, Congo, Indochina, Vietnam, Siria, Líbano, entre otras. Y había hecho una fuerte base de operaciones en Montevideo.

Los franceses anunciaron el bloqueo como parte de esta política de disputa y anexión, declarando la intención de *“infligir a la invencible Buenos Aires, un castigo ejemplar que será una lección saludable para los estados americanos”* (carta del cónsul Aimé Roger al gobierno de París, del 4 de abril de 1838).

Contaban con el apoyo de la mayoría de los exiliados argentinos en Montevideo. El bloqueo se proponía el sometimiento económico, mientras que la acción armada quedaría a cargo del ejército que comandaría Lavalle.

Bajo esta circunstancia, las contradicciones cambiaron. Si bien la mayoría de los exiliados tenía esperanzas en que Francia los liberaría de lo que llamaban la tiranía de Buenos Aires, un grupo integrado por ex jefes de la Guerra de la Independencia bajo las órdenes de San Martín, regresó del exterior y se puso a las órdenes de Rosas.

Tal es el caso de los generales Soler, Lamadrid y Espinosa, que supieron ver el peligro de la invasión europea.

Hasta ese momento, San Martín y Rosas no habían tenido contacto directo, sólo a través del general Guido, que era ministro en Buenos Aires.

Producido el bloqueo, San Martín escribe a Rosas el 5 de agosto de 1838, poniéndose a sus órdenes para combatir, en el puesto que le designaran. Esa carta que le envía tiene una enorme importancia política. Queda explicado con ella que una cosa era su deseo de no mezclarse en las guerras civiles de 1829 y otra su actitud frente al peligro extranjero.

El 10 de julio de 1839, indignado por la colaboración de Francia con los ejércitos de los exiliados montevidéanos, escribió en otra carta: *“Lo que no puedo concebir, es que existan americanos que por un espíritu de partido, se unan al extranjero para humillar a su patria”*.

El bloqueo de 1838 y la invasión militar fracasaron. Pero reaparecerían en 1848, de la mano de Inglaterra y Francia en forma conjunta.

Petrona Simonino y las combatientes en la Vuelta de Obligado

Las flotas inglesa y francesa coaligadas fueron enfrentadas en la batalla de la Vuelta de Obligado, durante el gobierno de Rosas, el 20 de noviembre de 1845.

La decisión constituía un legítimo acto de defensa nacional ante la agresión de las dos principales potencias de la época. Decisión meritoria, porque se tomaba en momentos en que la Argentina todavía estaba en lucha por constituirse como Nación independiente.

Este acto de defensa nacional contó con un protagonismo de las masas patriotas, que se enrolaron y combatieron contra las potencias agresoras.

En el combate de la Vuelta de Obligado tomó parte activa un grupo de mujeres de San Nicolás y de San Pedro, comandadas por Petrona Simonino.

Petrona era pareja de Juan de Dios Silva, artillero de las fuerzas federales, que se había ganado el respeto del general Mansilla por su habilidad para cruzar caballos por el Paraná durante el cerco de Montevideo, y entregarlos al general Oribe.

Junto a Petrona Simonino combatieron, entre otras, Josefa Ruiz Moreno, Rudecinda Porcel, Carolina Suárez y Faustina Pereira. Tuvieron tareas de logística, enfermería, transporte de municiones y de agua.

Figuran en el parte de la batalla, tanto del general Mansilla, herido en el combate, como en el de su reemplazante, el coronel Francisco Crespo.

Producida la batalla de Caseros –derrota de Rosas– el 3 de febrero de 1852, Juan de Dios Silva desaparece (algunos dicen que se dedicó al contrabando). Petrona Simonino se radica en Cañuelas, donde pone un almacén.

Pastor Obligado, gobernador de Buenos Aires, fusila en febrero de 1856 al general Costa (que en 1838 había sido uno de los héroes de la resistencia a los ingleses en la isla de Martín García). Petrona Simonino, que evidentemente mantenía contactos con Costa, escapa de Cañuelas y se radica en Azul.

Allí muere en 1886, a los 75 años, en total pobreza.

Petrona y sus compañeras permanecían en el olvido hasta que la revista *El Hogar* publicó un artículo rescatando el parte militar del combate de la Vuelta de Obligado, única fuente directa que nombra a las mujeres combatientes (Tnte. Cnel Evaristo Ramírez Juárez, *El Hogar*, Buenos Aires, 22 de noviembre de 1935).

Tenemos entendido que un grupo de artistas y artesanos de San Pedro le puso el nombre de Petrona Simonino a su feria artesanal, en la plaza Constitución de San Pedro.

También una calle de esa localidad lleva su nombre.

Los sistemas electorales y la conformación histórica de la Nación Argentina

La historia de los sistemas electorales argentinos refleja, en última instancia, las luchas por los cambios de hegemonía dentro de las clases dominantes.

Luego de la gloriosa insurrección de Mayo de 1810, en las primeras y pocas oportunidades en que hubo comicios, siempre locales, el voto estuvo restringido a los propietarios inscriptos.

La Constitución de 1853, dictada luego del derrocamiento de Rosas, y su posterior reforma de 1860, marcaron la hegemonía de los sectores ideológicamente liberales, que expresaban a los terratenientes del litoral y a la oligarquía portuaria bonaerense. Creaban un sistema representativo, republicano y federal, en los textos legales; no así en la realidad, donde, por ejemplo, lo representativo venía ya enchalecado con aquello de que “El pueblo no delibera ni gobierna, sino por medio de sus representantes”.

Cómo se elegirían los representantes no se incluyó en la Constitución; se dejó para implementar mediante leyes electorales futuras.

Hasta que los grandes terratenientes bonaerenses fusionados con los del litoral y del interior, y en alianza con los grandes comerciantes del puerto de Buenos Aires, consolidaron su hegemonía y se acoplaron al imperialismo, estructurando el modelo

de país dependiente, quedaron sin resolverse temas claves para la construcción del Estado.

Los sistemas electorales, la ley de ciudadanía, la organización del Ejército, la moneda única, la capital del país, quedaron fuera de la Constitución de 1853. El dictado del Código Civil omitió, por otra parte, crear el registro de la propiedad inmueble, para facilitar la posterior apropiación de la tierra pública en manos privadas.

Todos estos temas se irán resolviendo a favor de las clases dominantes, en la medida que el grupo descripto afianza su hegemonía.

Entre 1853 y 1912, con ligeras variantes, se reimplanta con alcance nacional la ley electoral de la provincia de Buenos Aires de 1821.

El voto no era secreto (voto “cantado”). Para poder votar, era necesario inscribirse en el padrón, al que accedían sólo los propietarios afincados. Para ser candidato, había que tener fortuna acreditada: quedaban fuera de las candidaturas los dependientes, los gauchos conchabados, y por supuesto las masas originarias.

El voto no era obligatorio. Este sistema electoral dejó la fabricación de los resultados en manos de los alcaldes, jueces de paz, comisarios, jefes de milicias, sacerdotes y caudillos locales (es decir, los opresores inmediatos, en un país donde la mayoría de la población seguía siendo rural).

Así se votó hasta 1912. Guido y Spano llamó falsos liberales a quienes sostenían este sistema; Alem les organizó insurrecciones cívicas. La Revolución del Parque de 1890 expresó el heroísmo

de un sector de la juventud burguesa y pequeñoburguesa, pero fue derrotada.

Sin embargo, la nueva hegemonía en el Estado se expresaría en el acuerdo que puso fin a las insurrecciones cívicas, y que mediante la conciliación con sectores de la oligarquía y el imperialismo, obtuvo el voto universal (sólo para los hombres nativos), secreto y obligatorio. Esta conciliación condicionó todo el posterior desarrollo de la democracia en la Argentina.

En definitiva, con cada sistema electoral nuevo, se consolida o desplaza una hegemonía en el Estado. Así ocurrió, y sigue ocurriendo en nuestros días. De la dictadura se salió con un pacto electoral que evitó el desmembramiento de la “legalidad” dictatorial. El Pacto de Olivos armó la reforma de 1994. Producido el Argentinazo en 2001, las clases dominantes manipularon los sistemas electorales y promulgaron en 2002 la “ley de internas abiertas”. Duhalde las suspendió para las elecciones de 2003. Néstor Kirchner las volvió a suspender, para los comicios del 2005 y las derogó en 2006. Tras las elecciones de 2009 reflataron por ley las internas abiertas.

Ley electoral y construcción o mantenimiento de hegemonía política van de la mano de la historia argentina.

Sobre la ley Sáenz Peña

Para estudiar algunos nudos de la historia argentina, es conveniente revisar los diez o veinte años anteriores. Así, para entender la ley electoral de 1912 es necesario comprender que al principio del siglo veinte se asistía en la Argentina a un período de auge de luchas populares, que empalmaron con revoluciones cívicas, una de las cuales, la de 1905, estuvo a punto de tomar el gobierno, con un apoyo importante de la oficialidad joven del Ejército.

En términos actuales, se podría decir que existía una crisis de representación política, términos que encubren la realidad del divorcio entre los intereses de las masas populares y del país, por un lado, y la política de los gobiernos de turno por el otro.

Leandro Alem se había suicidado, las luchas y huelgas se multiplicaban, el sindicalismo anarquista crecía en influencia y los conflictos se incrementaban en cantidad y violencia.

La sociedad asistía a un período de auge revolucionario y las clases dominantes así lo percibieron. Concedieron y pactaron para recomponer los mecanismos de dominación y consenso del Estado argentino.

Surgió en este marco el pacto secreto que el presidente Sáenz Peña celebró con Hipólito Yrigoyen.

Se puede ver la ley Sáenz Peña como la obtención para las masas populares del voto secreto, universal y obligatorio, y lo que permitió que el radicalismo llegara al gobierno en 1916.

Una mirada más profunda nos muestra cómo el sector más lúcido de las clases dominantes recomponía así el Estado y pactaba una salida electoral y condicionada para la crisis política.

El debate de la ley se realizó en julio de 1911, y vale la pena estudiarlo para conocer cómo fueron construyendo la superestructura de la sociedad argentina.

Las relaciones entre la base de una sociedad y su superestructura jurídica, ideológica, política, moral, no son mecánicas; la superestructura tiene una autonomía relativa, y se corresponde en última instancia con la base. Esto nos obliga a estudiar el mundo de la política, del Estado y de las ideas en particular, si queremos conocer nuestra sociedad.

Cuando repasamos el debate de la ley electoral de 1912, encontramos un sector de las clases dominantes, encabezados por Montes de Oca, que en forma elitista quería mantener las instituciones de los 50 años anteriores.

Joaquín V. González e Indalecio Gómez eran la voz de los “pactistas”, que con lucidez marcaban que era necesario acordar para salvar al Estado.

Esto es lo que Sáenz Peña sintetizó con “*quiera el pueblo votar*”. Porque en 1862, a Mitre lo habían votado 14.000 personas; en 1868, 16.900 votaron a Sarmiento, mientras que en 1874, Avellaneda obtuvo 25.800 votos. En los tres casos, el 1% de la población del momento.

En realidad, el proyecto en el Congreso trataba un paquete de tres leyes. La *ley de enrolamiento* permitía que el Ejército otorgara la libreta, dejaba constancia del servicio militar obligatorio y era el documento electoral.

La segunda era la *ley de los padrones electorales*, que unificó la confección de un padrón nacional único.

Por último, la *ley de sistema electoral*, que es la conocida como “ley Sáenz Peña”, y fue redactada por Indalecio Gómez, su ministro del Interior.

El debate realizado antes de dictarse la ley electoral es un balance del Estado oligárquico, elitista y vinculado al imperialismo que había construido un tipo de poder, por un lado, y por otro lado, la necesidad de abrir paso a otro tipo de régimen. Un régimen que permitiera mantener los resortes fundamentales de ese Estado, facilitando el cambio del personal político (o sea, abrir paso a una nueva hegemonía, expresión de las nuevas alianzas).

Enchalecados desde el inicio

La circunstancia de que un partido del proletariado, interpretando correctamente las posibilidades de un momento político dado, deba participar activamente en una elección o campaña electoral, y que ello sea útil para la lucha revolucionaria, no nos hace olvidar las limitaciones y pantanos proscriptivos que el sistema electoral tiene, para garantizar en última instancia la continuidad del Estado.

En nuestro país, esto se nota desde el inicio, con una claridad meridiana.

Alberdi, que en su edad madura tuvo una actitud digna contra la guerra y el genocidio del pueblo paraguayo, cuando era un intelectual que exponía las formas filosóficas y legales del texto de la Constitución de 1853 recién sancionada, con absoluta claridad teorizó la proscripción de las masas populares en la determinación de la vida política.

Escribió Alberdi en *Sistema económico y rentístico* (1854): “Alejar el sufragio de manos de la ignorancia y de la indigencia es asegurar la pureza y el acierto de su ejercicio”.

El voto, en esta concepción, quedaba reservado a los cultos y propietarios.

Esto explica por qué los sistemas electorales quedaron fuera de la consagración de la Constitución y se fueron resolviendo mediante leyes, a medida que las clases dominantes construían su hegemonía política, manipulando y cambiando los sistemas según sus necesidades de permanencia.

Con este pensamiento filosófico, las élites intelectuales y los terratenientes miraron la sociedad como una pirámide en cuya cúspide superior, una élite autolegitimada dirige, conduce, gobierna, y en última instancia explota al conjunto de la sociedad.

Y cuando las clases en el poder cedieron algo, fue para salvar la continuidad del Estado.

Las libertades civiles consagradas por la Constitución, o sea la libertad de comercio, de culto, de educación, de familia, de propiedad, etc., estaban destinadas a la integración de la Argentina con Europa, pero no tenían correlato con las libertades políticas, que quedaron fuera del alcance y su ejercicio por parte de las masas desde el inicio, usurpadas por las clases dominantes para garantizar su continuidad en el poder.

El poder nace del fusil: quienes tenían los triunfos militares y sus ejércitos organizaron el país bajo su dirección.

No permitas que nadie te cuente el *Facundo*

Sarmiento, además de periodista, educador y político que llegó a ser Presidente, fue un ideólogo. Proveyó a las clases dominantes de un cuerpo de ideas, que, en su conjunto, lograron imponer durante varias décadas a toda la sociedad.

Algunos de los conceptos y valores formulados por Sarmiento en *Facundo, civilización y barbarie en las pampas argentinas*, tienen tanta fuerza de convicción, que todavía hoy debemos polemizar con ellos.

Posiblemente Sarmiento no fuera consciente de que le entregaba a las clases dominantes poderosas herramientas para hegemonizar culturalmente con una explicación de la realidad que les servía para gobernar y consolidar su dominio político.

Hallaron la legitimación de una concepción ideológica y un orden político, con los que los terratenientes bonaerenses lograron conducir al conjunto de la sociedad, y posteriormente realizaron la masacre del pueblo paraguayo, los genocidios del interior, y el acople del país al naciente imperialismo en la década de 1880.

Las ideas y los intereses de las clases dominantes lograron aparecer como las ideas y los intereses de toda la sociedad.

Sarmiento y muchos de su generación pusieron las ideas; otros se quedaron con las estancias y gobernaron con los instrumentos ideológicos y jurídicos que les entregaron estos intelectuales orgánicos.

No obstante, tras una mutación política que tiene su anclaje material en una cuestión de clase, Sarmiento se enemista con Mitre, y entonces el diario *La Nación* es el vocero de las críticas al Sarmiento presidente.

Sarmiento muere pobre en el exilio paraguayo, y ya anciano, cuando se da cuenta de cómo fue usado, escribe aquello de “oligarcas bosteros”.

La historia no es una línea recta.

Ni la Argentina es la pampa, como se sostiene en el libro, ni la contradicción entre la civilización y la barbarie es la fundante; no obstante, el *Facundo* es una interpretación histórica de la realidad argentina que perduró a lo largo de más de cien años, como explicación valedera de las dificultades a vencer. Implantó una serie de puntos para pensar la Argentina.

Está escrito desde la política, pero constituye un ensayo de interpretación sociológica.

Algunos de sus contemporáneos, como Juan María Gutiérrez, manifestaron que todo lo que está escrito en el *Facundo* es mentira. Pero esa mentira resultó verosímil para varias generaciones y útil para las clases dominantes. Es un ejemplo de cómo una construcción que no se corresponde con la realidad, o la tergi-versa, se puede vender como convincente.

El libro contenía un capítulo programático final, “Presente y porvenir”, en donde se describían las tareas futuras. Entre otras cosas, propugnaba la distribución de las rentas del puerto de Buenos Aires. Este capítulo lo sacó Sarmiento de algunas reediciones posteriores, porque a punto de llegar al gobierno necesitaba el apoyo político de la oligarquía terrateniente.

Si queremos estudiar las ideas políticas que facilitaron el sometimiento de toda la Nación, no permitamos que nos cuenten el *Facundo*: hay que leerlo, estudiarlo y discutirlo, para poder negar sus tesis básicas.

Algo más sobre el genocidio del pueblo paraguayo

La guerra contra el Paraguay, llevada adelante por el sector de las clases dominantes argentinas que hegemonizó el poder con posterioridad a la batalla de Pavón, junto con los esclavistas del Brasil y los golpistas uruguayos, que habían derrotado al presidente Berro, todos coordinados y en cierta medida dirigidos por Inglaterra, dejó un pavoroso déficit de población en el Paraguay.

Sobre una población estimada en 1.300.000 habitantes al inicio de la guerra, la sobrevivieron 300.000, en su mayoría mujeres y niños.

Dentro de las tropas de la Triple Alianza se incluía una Legión Paraguaya, compuesta por cuadros emigrados que se alistaron en el ejército invasor de su país.

Uno de esos cuadros fue Facundo Machain, educado en el colegio de Concepción del Uruguay, Entre Ríos. Machain fue electo presidente del Paraguay por la Convención Constituyente que inició sus deliberaciones el 15 de agosto de 1870.

Cuando los esclavistas del Brasil tomaron nota de los vínculos de Machain con las clases dominantes argentinas, lo destituyeron. La nueva Constitución del Paraguay se juró el 25 de noviembre de 1870.

Es una Constitución liberal, semejante a la argentina, aunque adoptó el sistema unitario de gobierno.

El gobierno provisorio de Paraguay, con apoyo del Brasil, obtuvo un empréstito de 1.000.000 de libras en la Baring Brothers, con pago de intereses adelantados y autorización a los prestamistas para la recompra de los bonos que emitían, utilizando el asiento contable de los intereses adelantados.

Una operación secreta e ilícita, para la cual fue nombrado cónsul del Paraguay en Londres el argentino Máximo Terrero, que se avino a concretar el negociado.

El Paraguay nunca recibió ni las cuentas, ni el producto del préstamo.

El capital, años después se canceló por compensación, con el dinero que no fue entregado y que había quedado en manos de los prestamistas, pero los intereses adelantados que se transformaron en bonos, el Paraguay tuvo que pagarlos, y pagó además las comisiones y honorarios de Terrero por la operación.

A algunos historiadores que en general tienen una postura correcta contra la guerra del Paraguay, les cuesta investigar este negociado. Entre otras cosas, tal vez influya el hecho de que Terrero era yerno de Rosas.

El hecho es muy poco difundido por todas las corrientes historiográficas: los liberales no investigan este negociado, porque lo hicieron ellos con los ingleses, cuando gobernaban Paraguay; tampoco lo investigan los llamados revisionistas, porque en el negociado estuvo Terrero.

En la correspondencia de Juan Bautista Alberdi con su amigo Benítez, un embajador paraguayo en Europa, saltan todos estos detalles, que revelan cómo nuestros países desde su nacimiento fueron víctimas de la deuda externa.

Benítez fue destituido, se fue a vivir a la localidad de San Martín, en la provincia de Buenos Aires, y se ganó la vida hasta su muerte como profesor de francés.

Durante el gobierno de Avellaneda, Alberdi trató infructuosamente de que su amigo fuera nombrado en una escuela secundaria, pero nunca le salió el nombramiento porque no tenía título de profesor.

El sordo de Obligado

Por muchos años la historiografía oficial, la liberal y posteriormente la socialdemócrata, ocultaron el significado del combate de la Vuelta de Obligado.

Se ocultó a las nuevas generaciones que se trató de un acto de dignidad nacional, cuando todavía la Argentina se estaba conformando y fue atacada por las dos potencias más importantes de la época.

Se ocultó el papel activo que un sector de las masas protagonizó en el combate propiamente dicho, y también se ocultó que la resistencia armada se pudo organizar porque existió una preparación previa de la defensa.

Se ocultó la acción diplomática desplegada antes, durante y después del combate armado, en la cual San Martín jugó un papel importante.

Rosas contribuyó a la consolidación del latifundio en la pampa húmeda, y mantuvo la explotación de las ventajas que le otorgaba a la oligarquía pampeana y a los comerciantes porteños, el uso exclusivo del puerto de Buenos Aires y de la Aduana. Estas realidades no desmerecen la visión positiva del Combate de Obligado.

En ese combate hubo 250 muertos y 400 heridos del lado de lo que es hoy la Argentina.

La mayoría de sus nombres son desconocidos, así como no se conoce de qué trabajaban, qué los llevó a combatir, cuántos fueron voluntarios, qué instrucción militar tenían, entre otras cosas.

Los ingleses tuvieron 10 muertos y 25 heridos, más los daños en sus naves; las bajas de los franceses fueron 18 muertos y 60 heridos.

Los invasores contaban con buques a vapor, con 50 cañones modernos; dispararon proyectiles Paixhans huecos y Congreve, pioneros de la cohetaría, que fueron utilizados por primera vez en un conflicto armado.

En la defensa actuaron cuatro baterías y 2.160 hombres.

En la batería llamada Manuelita, su artillero, Juan Bautista Thorne, salvó su vida, pero quedó totalmente sordo por encender las mechas personalmente a una distancia imprudente. Pasó a la historia como “*el sordo de Obligado*”.

Los actos de heroísmo también fueron ocultados, así como se difunde poco el resultado final de la invasión.

Los invasores lograron pasar dada su superioridad militar, pero la invasión en lo inmediato fracasó: no vendieron su mercadería, y finalmente aceptaron que la navegación de los ríos interiores era un asunto interno.

Echeverría contra el “estilo de cliché”

Es conocido el texto de Mao Tsetung *Contra el estilo de cliché en el partido* (1942), en referencia al uso de esta modalidad dentro del Partido Comunista Chino. Antes también Federico Engels había escrito que algunos se sirven de las categorías generales para omitir estudiar la historia concreta. En realidad, se trata de una lucha política e ideológica contra el dogmatismo, que basándose en conceptos generales justos, omite analizar en concreto las cosas concretas.

Encontramos en Esteban Echeverría, que no era marxista, la misma preocupación en su lucha contra los racionalistas exiliados en Montevideo. Era clave también entonces combatir el estilo universalista abstracto para intentar entender la realidad argentina.

A Echeverría lo atormentaba una pregunta: ¿por qué la Revolución de Mayo desembocó en el gobierno de Rosas? ¿Qué pasó políticamente? Como los unitarios como él no eran autocríticos, gran parte de sus escritos los destina a la polémica con los restantes exiliados.

Cuando se cumplieron los primeros diez años de la publicación del texto base del Dogma Socialista, Echeverría escribe en el exilio una mirada retrospectiva sobre el movimiento intelectual en el Plata, donde hace un balance crítico y totalmente diferenciado del pensamiento filosófico de los unitarios.

Se publica en Montevideo en 1846, y podemos leer allí:

“Algunos de nuestros amigos no han comprendido la necesidad de salir de la senda trillada, de abandonar la incesante repetición de palabras (...) como principios, garantías, libertad, civilización, etc., palabras que dicen mucho y nada (...) Hubiéramos deseado que penetrasen en la idea (...) las condiciones peculiares de ser y las necesidades vitales del pueblo argentino. (...) ¿Qué nos importan las soluciones de la filosofía y de la política europea que no tiendan al fin que nosotros buscamos? (...) ¿Acaso vivimos en aquel mundo (...)? ¿Sería un buen ministro Guizot, sentado en el Fuerte de Buenos Aires?”

Después de Caseros, con Echeverría ya muerto, tanto Mitre como Alsina se dedicaron a construir una continuidad entre el pensamiento de la generación del '37 y la Argentina posterior a Pavón. Para ello ocultaron los textos polémicos de Echeverría, contrarios al método racionalista abstracto y europeizante.

Algunos etiquetaron a Echeverría como socialista utópico, otros como el adalid de la Argentina socialdemócrata; tenía sus limitaciones de clase por cierto, pero estaba convencido de que repetir fórmulas y conceptos impedía conocer la Argentina real.

Por qué no somos potencia industrial

El 22 de noviembre de 2011, la presidenta Cristina Kirchner pronunció un discurso en la cumbre de industriales. Allí, entre otras cosas, explicó su versión de las razones por las cuales los Estados Unidos se convirtieron en una potencia industrial y nosotros no. Dijo la Presidenta: “*Nosotros perdimos en Caseros, ellos ganaron la guerra de Secesión, y empezaron un proceso de industrialización. Así de simple...*” (*Ámbito Financiero*, 23/11/2011, pág. 3).

Nos alegra que temas profundos de nuestra historia se abran al debate de las grandes masas, pero discrepamos con las simplificaciones, que de fondo construyen la historia desde un “relato”, no desde los hechos.

Es cierto que en los Estados Unidos, el Norte, mediante una guerra, derrotó a los esclavistas del Sur, y profundizó un camino de desarrollo capitalista, que se había comenzado a instalar desde la propia colonización. Es el modelo que encandiló a Sarmiento, que luego de su desilusión con la Europa de mediados del siglo diecinueve, viaja a EE.UU. y difunde después su modelo de sociedad.

También es cierto que un amplio sector de masas oprimidas vieron en Caseros el triunfo de sus enemigos. Pero de estos dos hechos no podemos sacar la conclusión de que Argentina no tuvo un capitalismo industrial por la derrota de Rosas en Caseros. El camino de cierto desarrollo capitalista fue seguido en Pa-

raguay por el Dr. Francia, y luego por Antonio Solano López. Ese camino fue cortado a sangre y fuego por el genocidio de la guerra de la Triple Alianza. Rosas, durante todo su gobierno, se había negado a reconocer la independencia del Paraguay.

Reconocer algunas actitudes dignas que tuvo el gobierno de Rosas, de defensa de la soberanía nacional y de resistencia, incluso armada, a Inglaterra y Francia, las potencias coloniales de la época, no nos puede llevar a interpretar la historia en forma voluntarista y sostener que la Argentina no se industrializó por la derrota de Rosas.

Argentina no se industrializó, antes ni después de Caseros, por el peso del latifundio y de los terratenientes, que, con formas políticas distintas, fueron moldeando un país que “compra afuera las máquinas y los fierros de alto valor agregado”, para usar las palabras del discurso presidencial.

No negamos la importancia de Caseros, el inicio de las masacres de Cuyo, y la guerra contra el Paraguay, que facilitaron y prepararon el acople de nuestro país al naciente imperialismo en 1880, pero discrepamos en que las posibilidades de industrialización dependían de que Rosas no hubiera sido derrotado, como parece inferir la Presidenta. No es así de simple.

Cristina Kirchner, la Constitución de 1949 y Arturo Sampay

En su discurso a la Asamblea Legislativa del 10 de diciembre de 2011, la presidenta Cristina Kirchner aludió a la Constitución de 1949, preguntando a su público si era cierto que no contenía el derecho de huelga.

La Constitución de 1949 está ninguneada, incluso en muchos cursos de Historia Constitucional Argentina, donde se enseña las de 1819 y 1826, que no llegaron a regir, y se ignora o trata muy superficialmente la de 1949, que estuvo vigente durante casi cinco años.

Llama la atención que Cristina Kirchner, que como legisladora integró la Comisión de Asuntos Constitucionales de ambas Cámaras, no haya estudiado en profundidad la Constitución de 1949. La Presidenta la llamó “la Constitución de Sampay”, enrolándose así en la corriente que le resta todo protagonismo al general Perón en esa reforma.

Durante la dictadura de Onganía, el Centro de Estudiantes de Derecho en La Plata llevó al Dr. Arturo Sampay, su redactor, a dar una conferencia sobre la Constitución de 1949. Los militantes del Centro de Estudiantes de Derecho de La Plata acompañamos la iniciativa, junto a los militantes de la Federación Universitaria de la Revolución Nacional, algunos independientes de izquierda, y cierto apoyo de la cátedra de Alfredo Galetti y del

colegio de Abogados de La Plata. Fue un frente que confluó en la organización de la conferencia, vista con malos ojos por la intervención en la Facultad, que respondía al ministro del Interior Dr. Guillermo Borda.

Entre esos muchos organizadores estaban Carlos Kunkel, Oscar Parrilli, y dos muchachos de Santa Cruz, uno que luego sería el diputado Flores, y otro al que le decíamos “Lupín” (Néstor Kirchner). El Aula Magna estuvo llena, transformándose la conferencia en un acto antidictatorial.

Sampay explicó el tema del derecho de huelga en la Constitución de 1949. Dijo que era un derecho natural, por eso no lo pusieron explícitamente, pero que hubo huelgas durante su vigencia. Como buen abogado, argumentó que todo lo que no está prohibido está permitido, y que la Constitución no había prohibido las huelgas.

Nosotros le preguntamos sobre la propiedad estatal del subsuelo, para entender lo de la propiedad estatal del petróleo y de la minería, que consigna la Constitución de 1949. Contó que no estaba en el anteproyecto original, que esos párrafos los redactó Perón de su puño y letra, y los mandó con Juancito Duarte directamente al presidente de la Convención, el coronel Mercante. Que la nota vino con la orden de tratarlo y aprobarlo de inmediato.

Lógicamente, si la Presidenta le pregunta a su actual secretario, seguramente no se acuerde de esta conferencia, porque años después él sería el miembro informante en la privatización de YPF.

La circunstancia de que Arturo Sampay fuera luego abogado de empresas checoslovacas en Argentina, y que regresado el Gral. Perón en 1973 no lo haya incorporado a su gobierno, no nos quita este testimonio de historia oral.

La Constitución de 1949 sigue siendo mala palabra entre las clases dominantes, Entre otras cosas, porque afirmaba la propiedad estatal del subsuelo, o sea, del petróleo y de la minería.

Groussac, “un periodista de quinta categoría”

Respiración artificial, la novela de Ricardo Piglia, constituye una síntesis respetable de la relación entre literatura e historia argentina.

Su lectura es útil, desde el campo popular, para aproximarnos a los grandes nudos de la historia argentina.

Allí encontramos referencias al papel que jugó Paul Groussac (1848-1929) en el relato inventivo de la historia argentina. Erigido en autoridad indiscutible por la historia oficial, sus análisis influyeron en la formación intelectual de varias generaciones de cuadros argentinos.

Las teorías posmodernas insisten mucho en la construcción de un relato, y lo presentan como una novedad, cuando en realidad, los argentinos ya hemos sufrido estas interpretaciones históricas que presentaron los intereses de las clases dominantes como si fueran los intereses del conjunto de la sociedad.

Leemos en la aludida novela de Piglia: “*Se trata de algunos intelectuales europeos, que integrados a la cultura argentina, cumplieron en ella una función particular (...) El carácter dominante del europeísmo, el caso Groussac, el más representativo de estos intelectuales trasplantados justo cuando el europeísmo se constituye en el elemento hegemónico, es el más representativo de estos, el intelectual del ‘80 por excelencia*”.

Se pregunta luego el personaje que está opinando sobre Groussac: “*Qué hubiera sido de él, de haberse quedado en París*”, y se responde: “*Un periodista de quinta categoría, en cambio acá era el árbitro de la vida cultural, la última palabra en la interpretación de los hechos históricos*”.

Groussac fue instituido como la última palabra, como el que estaba por encima del nivel medio de la cultura argentina. Es famosa su opinión sobre *el Plan de operaciones* de Mariano Moreno. Dijo “*es falso, pero si se llegara a probar que es auténtico, es producto de una mente afiebrada, que no vale la pena tener en cuenta*”.

Es famosa también su costumbre de buscar alguna cita equivocada en los escritos de Alberdi, de Echeverría o de Sarmiento, para demostrar, por ejemplo, que habían traducido mal, o que tal párrafo no estaba en el libro citado sino en otro. Por esta costumbre, se lo llamó “el jíbaro de la generación del 37”.

No tendría mayor importancia Groussac, si no fuera por la influencia que tuvo en moldear la historia oficial, relatando aquello que facilitaba a las clases dominantes consolidar su hegemonía, y riéndose al mismo tiempo de los imitadores nativos de la cultura francesa: “El sol sale en Buenos Aires, cuatro horas más tarde que en París”.

Resultan además interesantes las reflexiones que Piglia pone en boca de los personajes sobre temas de la historia argentina. También las discusiones en que se involucran, sobre Alberdi, Borges, etc. *Respiración artificial* es, en ese sentido, una novela formativa.

La revolución de 1848 vista desde el Río de la Plata

Algunos historiadores consideran a los héroes o las grandes personalidades como hacedores de la historia; al mismo tiempo, a la política como el factor excluyente, y a las batallas militares como un combate desesperado con principio y fin en sí mismo.

Estas formas de ver la historia exageran los factores subjetivos y excluyen la lucha de clases como protagonista y determinante de los hechos históricos.

Por otra parte, el pensamiento político no es un mero reflejo de la materia y de la naturaleza, dado que tiene un papel activo que se integra con la realidad, dialécticamente; la materia, la realidad social exterior, la base económica y las relaciones de propiedad imperantes le imponen una limitación. Todo pensamiento político proviene, en última instancia, de una práctica social en una época determinada.

Sólo la unidad del pensamiento y la acción pueden vencer esta dicotomía aparente, entendiendo la realidad en movimiento, contradictorio y constante, con un motor interior que es la lucha de clases, y al pensamiento político como parte y reflejo de ella.

La revolución proletaria de 1848 ilustra lo que queremos decir.

El Río de la Plata queda lejos de París; sin embargo, ese grito que colocaba al proletariado "*como forma postrera de esclavitud del hombre por la propiedad*" (Comuna de París) tuvo su repercusión y debate entre nuestros intelectuales.

La revolución provocó actitudes políticas hostiles en la mayoría de la dirigencia rioplatense del momento, tanto de los que vivían acá, como de los que estaban en Montevideo o en Europa. La mirada combativa de Carlos Guido y Spano fue una excepción.

Esteban Echeverría vio en la revolución de 1848 “*el dedo de Dios*”, colocando a la propiedad entre las manifestaciones necesarias de la virtualidad del hombre con relación a sus semejantes y el Universo. También consideró que era “*misión de los pueblos fuertes y más adelantados amparar a los débiles y atrasados, respetando el derecho y la justicia*” (*Obras Completas*, pág. 554).

Para decirlo con términos actuales, se pegaron un gran susto cuando las masas, por unos días, tomaron en sus manos la historia.

Echeverría necesitó una explicación externa, en este caso concreto la obra de Dios, para justificar su incomprensión y poco entendimiento del hecho revolucionario que estaba analizando.

Pero no solamente Echeverría se asustó: Alberdi los llamó anarquistas, y el General San Martín se mudó desde París a las costas del Mediterráneo, para estar lejos de los insurgentes.

El Contrato Social y los revolucionarios de Mayo

Sin teoría revolucionaria, no hay acción revolucionaria. Nuestros revolucionarios de Mayo, en sus condiciones particulares de existencia, dieron mucha importancia a las teorías más avanzadas de su época.

El oscurantismo ideológico que la metrópoli imponía en las colonias pudo ser sorteado por Mariano Moreno, ya que, por los lazos familiares que lo unían a él, pudo acceder a la biblioteca del obispo de Chuquisaca.

Así pudo leer y traducir el Contrato Social, de Rousseau, libro que ejerció gran influencia en la Revolución Francesa de 1789.

Este libro fue editado en Buenos Aires, durante el período junio-diciembre de 1810.

La revolución ponía así, al alcance de los cuadros políticos, elementos de teoría que antes sólo estaban reservados para aquellos autorizados por la Iglesia a leerlos.

Pero en la edición porteña de 1810, el Contrato Social se publica sin el capítulo sobre la religión civil o religión natural, que contiene el original. Se omitió para no provocar una reacción de la Iglesia católica, cuidando al mismo tiempo la alianza con un importante núcleo de sacerdotes patriotas que acompañaron la revolución.

El dato del capítulo faltante es de importancia, si tenemos en cuenta que la Ilustración francesa del siglo diecisiete fue parte

de la lucha contra las instituciones políticas feudales, contra la religión y la teología imperantes y en definitiva, contra la metafísica.

El *Contrato Social* se presenta como una doctrina orgánicamente vinculada con lo nuevo de la ciencia y las necesidades de la vida social. Aparece como concepto teórico comunitario de sociedad, y es la base filosófica de un gobierno que emane de la sociedad misma, sin que sea instituido por Dios o por el Papado.

Evidencia un momento de la burguesía revolucionaria en Francia, que desde el instante mismo de su triunfo comienza a mutar en conservadora (lo que se reflejará en la posterior restauración de la filosofía especulativa en Europa a mediados del siglo diecinueve).

Los jacobinos de Mayo —de notable influencia en el período junio-diciembre de 1810— fueron derrotados; pero queremos resaltar lo multifacético de su batalla política, que incluyó aspectos militares, económicos, de conducción política, de relaciones internacionales, y también el cuidado del plano teórico.

Un cronista alemán en el viaje de don Pedro de Mendoza

En la expedición de Pedro de Mendoza venía Ulrico Schmidl, intelectual alemán, con la tarea de realizar una crónica minuciosa de la Conquista. Fue uno de los pocos que regresó a Europa. Se radicó en Alemania, e hizo pública su pertenencia al luteranismo.

A su muerte se publicó *Viaje al Río de la Plata*, libro de crónicas sobre la base de sus notas, tomadas en alemán y latín.

Siglos después, en 1903, La librería del Colegio lo editó en Buenos Aires.

Se inaugura con este libro el estudio de nuestros pueblos originarios, desde la lógica del europeo, con una visión pseudocientífica que perduró por siglos.

Ricardo Rojas lo menciona dentro de la historia de la literatura argentina.

Fue un estudio hecho para facilitar la dominación de los pueblos originarios, su posterior eliminación y el robo de sus tierras, pero visto hoy, resulta una aproximación a la realidad que existía en América, cuando llegaron los conquistadores.

La crónica contiene una descripción de los territorios y habitantes de lo que luego sería parte de la Argentina y del Paraguay.

Aparecen una cantidad de pueblos originarios, con sus costumbres, sus hábitos de alimentación, sus habilidades para manejarse en el río, sus técnicas de navegación, de caza, sus mujeres, etc.

Los querandíes y los charrúas les enseñaron a los viajeros, por ejemplo, que los cardos del desierto conservan agua en su interior.

Schmidl cuenta sobre la dignidad de los querandíes, su lucha, su resistencia militar. Y hace una minuciosa descripción de los abusos de los conquistadores a este pueblo originario, que en un comienzo les había facilitado comida. El gesto fue respondido con maltrato y matanzas, provocando el heroico levantamiento de los querandíes. No sólo derrotaron militarmente al invasor, también los cercaron, provocándoles hambre y sed.

Según este relato, existieron casos de antropofagia entre los conquistadores, que comieron cadáveres humanos, tanto de sus propios compañeros como de los querandíes.

El libro constituye una primera aproximación a la heterogeneidad de los pueblos originarios en nuestro territorio.

Las originarias sometidas por la Conquista

Queremos rendir homenaje a las mujeres originarias, que sufrieron la triple opresión durante la Conquista, por ser parte de los pueblos conquistados y por ser mujeres.

El conocimiento de algunas de las atrocidades cometidas contra ellas llegó hasta nuestros días por las crónicas y relatos de los propios conquistadores.

Ulrico Schmidl, en sus crónicas tituladas *Viaje al Río de la Plata*, cuenta que en 1547, los españoles capturaron y llevaron desde Asunción al Chaco, a un numeroso grupo de mujeres guaraníes, y se adueñaron de ellas para su entero provecho sexual.

En tierras guaraníes llegaron a existir harenes, con setenta mujeres por conquistador.

Mientras España predicaba una férrea moral medieval, con toda su hipocresía, algunos conquistadores se establecieron en nuestras tierras desarrollando un gran libertinaje.

Sodoma y Gomorra eran renacidas, en sus costumbres, diferenciándose del relato bíblico porque en la Biblia, Jehová se enoja y convierte a sus habitantes en estatuas de sal, en cambio acá, fueron incentivadas estas costumbres, incluso como plan premeditado para fomentar el mestizaje.

En 1547 se prohibió por las Leyes de Indias la esclavitud de los aborígenes, sin embargo, el modo en que los colonizadores

obtenían mujeres nativas no difería en nada de la apropiación esclavista.

Mientras se fomentaba el mestizaje, las leyes del Toro –una de las Leyes de Indias– establecían que los hijos naturales tenían derecho a la educación, pero no a la herencia.

El hijo mestizo pasaba a ser un vasallo apto para trabajar la tierra, pero no la heredaba. Se legalizaba la posibilidad de tener hijos fuera del matrimonio, pero no se reconocía a éstos iguales derechos.

Francisco de Aguirre, gobernador de Tucumán, cuando hacía apología del amancebamiento con las mujeres originarias, declaró en un tribunal eclesiástico: *“Se hace más servicio a Dios en hacer mestizos, que el pecado que en ello se comete”*.

Algunos de los conquistadores tuvieron hasta 80 hijos naturales, como parte de esta política.

Las tierras quedaron en pocas y selectas manos, pero la mano de obra feudalizada quedó reforzada con el mestizaje.

Los conquistadores se horrorizaban en sus relatos con algunas costumbres de los nativos, como el casamiento entre parientes. Sin embargo, cuenta el mismo cronista que el conquistador Francisco Palomino *“rompió una muchacha que tenía en su casa, de seis años de edad, hija de su manceba guaraní”*. Los conquistadores llegaron a comprar y vender mujeres originarias.

Abusos, asesinatos, violencia, tráfico humano, fueron cargas que pesaron sobre las mujeres de los pueblos originarios. Y se extendieron más allá de la Conquista.

Una carta de Artigas y los pueblos originarios

El 3 de mayo de 1815, José de Artigas escribió una carta que permite comprender su línea política y su relación con los pueblos originarios.

Dice en ella: “Yo deseo que los indios en sus pueblos se gobiernen por sí, para que cuiden sus intereses como nosotros los nuestros. Así experimentarán la felicidad práctica y saldrán de aquel estado de aniquilamiento a que los sujeta la desgracia. Recordemos que ellos tienen el principal derecho y que sería una degradación vergonzosa para nosotros, mantenerlos en aquella exclusión que hasta hoy han padecido por ser indios...”

Gracias a las posibilidades de los buscadores por Internet, se puede ver esta carta completa, introduciendo en cualquiera de ellos: *Artigas carta del 3-5-1815*.

Esta fuente directa es útil para entender el posterior desarrollo de la experiencia revolucionaria que en sólo nueve años, desde 1811 hasta 1820, pudo plantar una participación de las masas distinta, hasta que Artigas fue derrotado.

La pobreza y marginalidad de los pueblos originarios eran una consecuencia de la conquista y la colonización. Luego de Mayo estuvieron en lucha dos líneas respecto al tratamiento de esta realidad: una de ellas intentó integrar al protagonismo a los pueblos originarios y las masas campesinas en general. Esa línea fue derrotada.

Se expresaba en el tratamiento que daba al tema de la tierra, en cómo se planteaba el gobierno para el respeto real y no formal a los pueblos originarios. No fueron sólo ideas justicieras e igualitarias, sino que la propia dinámica histórica que presidió esa línea, permitió la participación originaria, especialmente guaraní, en el proceso revolucionario.

Con trágico costo de miles de muertos y heroicos combates, Andresito y un sector de las masas guaraníes enfrentaron la invasión portuguesa, hasta que en 1819 fueron militarmente derrotados.

San Nicolás, Camacué y otros combates y batallas de esta guerra popular y patriótica permanecen prácticamente en el olvido, por razones políticas de quienes escribieron la historia. Para reconstruir y saber quiénes somos, lo primero es difundir que estas cosas existieron.

Al respecto, el libro de Carlos Martínez Sarasola *Nuestros paisanos los indios* es recomendable para ayudar a integrar nuestras verdades universales, con la historia concreta de nuestros pueblos.

La experiencia artiguista no pudo prosperar, fue derrotada; poderosos enemigos se alzaron en su contra obligándolo a pelear en varios frentes al mismo tiempo: por un lado la invasión portuguesa, luego la entente de los puertos de Buenos Aires y de Montevideo, y sobre todo los gobiernos del Directorio que lo tenían como enemigo.

Originarios “exhibidos” en el Museo de La Plata

Una de las características de las llamadas campañas “al desierto”, desde las iniciadas bajo el gobierno bonaerense de Martín Rodríguez, de 1820 a 1824, fue la conversión de los originarios hechos prisioneros en peones en las estancias y de sus mujeres en sirvientas y niñeras.

Esto fue llevado al extremo por Roca, en la campaña de 1879, en la que se mataron todos los varones mayores y se repartieron las mujeres y los niños entre las familias oligárquicas.

La “Sociedad de Beneficencia” organizaba la colocación de niñas huérfanas en casas de familia.

Liborio Justo, en su biografía titulada *Prontuario*, cuenta que lo crió una mapuche, La Ñaña, que su abuela materna, la mujer del general Bernal, le había regalado a su madre.

Liborio Justo tuvo un gran respeto por esta mujer, y describe sus aportes culturales, que, dice, lo acompañaron toda la vida. Reconoce que siendo una niña, primero le mataron a toda su familia, y luego la colocaron como sirvienta.

Algunos originarios, esclavizados, fueron llevados hasta el Museo de La Plata, como “informantes culturales” de la división de Etnografía.

Cuando murieron, sus esqueletos se guardaron en la división de Antropología, y fueron estudiados con un número asignado, como pertenecientes a la colección del Museo.

Tras años de reclamos de las comunidades originarias y el acompañamiento de estudiantes y docentes, con el apoyo de Osvaldo Bayer y del profesor Carlos Martínez Sarasola, en 1989 se logró que la Universidad restituyera los restos, para que les dieran sepultura.

El positivismo filosófico, creador y orientador del Museo de la Universidad Nacional de La Plata, con su apariencia de científico y su materialismo mecanicista, en realidad concebía el mundo como un complejo de objetos y procesos ya elaborados, terminados. Repudiaba la dialéctica, y sus mentores aquí fueron cómplices del genocidio de los pueblos originarios, estudiando una persona o un esqueleto como piezas de museo, sin preguntarse las razones que los habían llevado a servir como “informantes culturales”. Estudiaban antropológicamente la originalidad de la pieza exhibida sin hacerse cargo de que se trataba de personas que habían sido esclavizadas.

El positivismo filosófico acompañó la tesis de que una civilización llamada “superior” tiene derecho a exportar e imponer su cultura y dominación.

De esta manera, Europa podía colonizar parte del mundo, y la oligarquía nativa, con apoyo intelectual de estos científicos, podía realizar el genocidio de los pueblos originarios y quedarse con sus tierras.

Las banderas y valores de “Orden y Progreso”, propias del positivismo, cuando se objetivaron en África colonizada, y en nuestra América transformada en naciones oprimidas y dependientes, dejaron en claro que en realidad justificaban el derecho de las potencias para extender su dominación y su cultura, usando como brazo ejecutor a las oligarquías nativas.

Es bueno difundir estas cosas, como la “exhibición” de originarios que hizo el Museo de La Plata, que muchas veces permanecen ocultas.

Artigas y las comunidades afro en el Paraguay

Cuando Artigas, después de su derrota, ingresó al Paraguay, lo hizo con un contingente de lanceros negros. Sobre la cantidad hay distintas versiones en las fuentes historiográficas, hablan de 200, 250 o 400.

El Dr. Francia, que gobernaba Paraguay en ese momento, al mismo tiempo que confinó a Artigas en un convento, no aceptó el ingreso de todos. Los dispersó. Algunos (80), fueron asentados a kilómetros de Asunción, donde se les dio tierras, con la prohibición de salir después de las 18 hs., bajo amenaza de ser azotados hasta la muerte. El lugar era el Campamento La Loma, que pasó a llamarse con la voz guaraní Cambacué (cueva o agujero de negros).

Esta comunidad afro desarrolló fuertes vínculos con el Uruguay, y mantuvo su cultura, su candombe y sus tambores hasta hoy. Eran llamados Artigas Cué (pueblo de Artigas). Si bien ésta es la más conocida, no es la única comunidad de afro-descendientes: en Paraguay se registran siete.

Hubo otro afluente negro que también ingresó en el Paraguay, conformado por esclavos fugados de Brasil.

Estos negros artiguistas y sus descendientes pelearon en la guerra de la Triple Alianza del lado paraguayo, en un batallón apodado Nambí (oreja chica).

Fueron reprimidos en diferentes instancias por distintos gobiernos paraguayos. Cuentan algunos viajeros que los han visitado años atrás, que los más ancianos todavía se conmueven y hablan con orgullo cuando mencionan a Artigas “el que todo lo sabe”.

“El negro Ansina” (Lencina), era miembro del Estado Mayor, junto con Martínez, del batallón de Pardos en el Regimiento de Blandengues. Recorrió y acompañó a Artigas toda la vida desde que éste le dio la libertad. Actuó como un líder negro y su lugarteniente y no “sólo para cebarle mates”.

Algunos historiadores lo rescatan como payador, arpista y poeta, uno de los primeros de las guerras de la Independencia junto con Bartolomé Hidalgo. Permaneció junto a Artigas hasta la muerte del caudillo, y murió casi centenario.

La penetración inglesa a mediados del siglo diecinueve

El cónsul norteamericano en Buenos Aires durante gran parte de la década de 1820, John Murray Forbes, informó al secretario de Estado de su país, Adams, lo siguiente:

“El constante crecimiento de la influencia británica, acá en Buenos Aires, es cosa difícil de imaginar. Su origen político está en los deseos de esta gente de obtener el reconocimiento de su independencia por parte de los ingleses y su motivo comercial debe encontrarse no sólo en la riqueza individual de los comerciantes ingleses, sino en el hecho de que controlan prácticamente las instituciones públicas, y muy especialmente un banco gigantesco que a través de los favores que concede a los comerciantes necesitados, ejerce el más absoluto dominio de las opiniones de ese grupo.

“Su influencia se hace todavía más poderosa porque los ingleses adquieren a menudo grandes estancias en el campo, en síntesis, no es exagerado afirmar que Inglaterra deriva de este país y de Chile todos los beneficios de una dependencia colonial, sin tener que incurrir en los desembolsos ni asumir las responsabilidades de una administración civil y militar”. (J. M. Forbes, Informe al secretario Adams, en Once años en Buenos Aires, Buenos Aires, Emecé, 1956).

Más adelante, sacando a luz la rivalidad e incipiente disputa, el cónsul agrega:

“(...) el grupo más despreciable de comerciantes ingleses, que está chupando la sangre al país, con un comercio desproporcionado a sus recursos, tiene más influencia que lo que podría tener cualquier ministro que enviemos nosotros (...) Vastas mansiones, antes ocupadas por las principales familias del país, están ahora en poder de comerciantes ingleses” (pág. 156).

La British Comercial Room se había fundado en Buenos Aires, en las esquinas de lo que es hoy Perón y 25 de Mayo, en la casa de una tal señora Clark, súbdita británica. La historiadora Haydée Frizzi de Longoni publicó en 1947 un libro sobre la British Comercial Room que se puede consultar en la Biblioteca del Congreso de la Nación. Junto con los estudios de Raúl Scalabrini Ortiz, constituyen investigaciones que se pueden tomar como base para ver el grado de la penetración inglesa en la Argentina. También una conferencia de Raúl Scalabrini Ortiz, del año 1937, bajo el título de “Las dos rutas de Mayo. Moreno y Rivadavia”.

Muchos años después de la carta del cónsul norteamericano, Lenin, en un momento histórico distinto ya que el capitalismo había pasado a la etapa imperialista, definió a la Argentina como modelo de independencia política formal y colonia comercial inglesa. Como modelo de país dependiente.

Estos datos históricos sobre la penetración de los ingleses en Argentina, revelados por sus rivales en fuente directa, nos acla-

ran la injerencia de potencias extranjeras, particularmente Inglaterra y Francia. Potencias que aliándose con uno u otro sector de terratenientes locales y comerciantes intermediarios, condicionaron la independencia nacional.

La Gaceta de Buenos Aires

La Revolución de Mayo debe ser estudiada en sus múltiples aspectos, incluyendo las contradicciones internas de los primeros meses, el período junio-diciembre de 1810. Para tener una fuente directa de ese período resulta muy útil recurrir a *La Gaceta de Buenos Aires*, que refleja el pensamiento de los morenistas. Su colección se conserva en hemerotecas públicas, y está digitalizada en la Biblioteca del Congreso de la Nación.

La Gaceta contenía textos y comentarios, y al mismo tiempo oficiaba como Boletín Oficial, dando a conocer las actas y resoluciones de la Primera Junta, sus decretos, etc.

Sus artículos políticos, con aportes teóricos, reflejan un nuevo momento de la sociedad, inaugurado con la Revolución y su correlativo desprendimiento de la censura colonial.

“El pueblo tiene derecho a saber la conducta de sus representantes”, decía el decreto de la Primera Junta del 2 de junio de 1810, que fundaba el diario. Recordemos que durante el Virreinato, la comunicación se hacía mediante bandos que se vociferaban en las calles, o se pegaban en lugares públicos, como iglesias y bares.

El primer director de *La Gaceta de Buenos Aires* fue Mariano Moreno, que en su primer número escribía: *“¿Por qué se han de ocultar a las provincias sus medidas relativas a solidificar su unión, bajo nuevo sistema? ¿Por qué se les ha de tener ignorantes de las noticias prósperas o adversas que manifiesten el sucesivo estado de la Península? (...) Para el logro de tan justos deseos ha resuelto la Junta*

que salga a la luz un nuevo periódico semanal, con el título de La Gaceta de Buenos Aires” (7 de junio de 1810).

El sacerdote Manuel Alberti era otra de las plumas frecuentes del semanario. Este cura patriota venía de la corriente carlotista, y es uno de los cuadros que trae a Mariano Moreno al escenario político de los días de Mayo; sus aportes son muy valiosos, y fuera de los ejemplares de *La Gaceta*, es difícil encontrar artículos suyos. Alberti murió de un infarto mientras discutía con el Deán Funes, durante los acontecimientos posteriores a la derrota de Moreno en la Primera Junta.

Durante los días festivos y después de oficiada la misa, la lectura de *La Gaceta*... fue declarada obligatoria para los curas hacia sus feligreses.

Después de la muerte de Mariano Moreno, desde el 25 marzo hasta el 5 de octubre de 1812, el redactor responsable fue Bernardo de Monteagudo y se publicó con el nombre de *La Gaceta de los viernes*. Dejó de aparecer el 12 de septiembre de 1821, cuando Rivadavia decidió sustituirla por el Registro Oficial.

Norberto de La Riestra, empleado de capitales ingleses

Norberto de La Riestra nació en 1810, prácticamente junto con la Revolución de Mayo. A los 21 años viajó a Liverpool, Inglaterra, y luego a Londres, donde fue empleado de la casa Nicholson Green. Allí estudió economía. Regresó a Buenos Aires en 1849, como gerente de esa firma. Fue elegido legislador en la provincia de Buenos Aires en 1852, hasta 1855, y luego ministro de Hacienda del gobernador Pastor Obligado.

Como ministro, renegoció la deuda con la casa Baring, duplicando el monto de los intereses que se remitían mensualmente. Ferdinand White, representante de los intereses ingleses en Buenos Aires, declara en sus memorias que De La Riestra, durante la negociación de la deuda, realizó propuestas mejores de las que se esperaban por parte de los acreedores.

Senador en 1863, el gobierno de Mitre lo designa en misión diplomática en Londres. De la misma resulta un empréstito de 2.500.000 libras, que se usó para la guerra contra el pueblo paraguayo. Ministro de Hacienda del presidente Avellaneda, director del Banco de Londres y Río de la Plata, era al mismo tiempo representante de las empresas de ferrocarriles ingleses en la Argentina.

Propició la privatización del Banco de la Provincia de Buenos Aires, pero fue derrotado en el Congreso. A su muerte, el diario *La Nación* le dedicó una necrológica que fue también publicada en los diarios ingleses del momento. Allí se lo caracterizaba

como hombre virtuoso, que tenía que ver con el progreso del país, ya que había restablecido el crédito con Europa. Sarmiento, en cambio, opinaba: *“Nunca pude deducir su inteligencia, ni su inclinación siquiera a la política de su país, era un empleado de comercio de casa inglesa en toda la extensión de la palabra”*.

El Ferrocarril del Sud, propiedad de los ingleses, luego de la muerte de De la Riestra lo homenajeó dándole su nombre a una estación en la provincia de Buenos Aires. En el sur de la Capital Federal, una avenida todavía hoy se llama De la Riestra. Los nombres de las calles dicen a veces muchas cosas.

Moreno denuncia el colonialismo inglés

Hemos recomendado la lectura de *La Gaceta*, periódico que dirigía Mariano Moreno, entre junio y diciembre de 1810. Encontramos la reproducción de fragmentos de un artículo de Mariano Moreno, donde se desenmascara la naturaleza agresiva del colonialismo inglés. La herramienta de trabajo está publicada, depende de nosotros, leerlo y difundirlo. Escribe Moreno:

“Los pueblos deben estar atentos a la conservación de sus intereses y derechos, y no deben fiar sino de sí mismos. El extranjero no viene a nuestro país a trabajar en nuestro bien, sino a sacar ventajas, recibámoslo enhorabuena, aprendamos las mejoras de su civilización, aceptemos las obras de su industria, y franqueémosle los frutos, pero miremos sus consejos con la mayor reserva, y no incurramos en el error de aquellos pueblos inocentes, que se dejaron envolver en cadenas en medio del embelesamiento que les habían producido los chiches y abalorios”.

El artículo de *La Gaceta* se puede ver completo en Internet, buscando el título *A propósito de la conducta del capitán Elliot*.

Luego, Moreno, haciendo didáctica política, cuenta cómo la antigua España se abrió al cartaginés, incautamente, que entraron vendiendo para salir mandando. Toda una alerta frente a la política de Inglaterra en el Río de La Plata en aquel momento histórico.

Las clases dominantes negaron la existencia del Plan de operaciones de los jacobinos de Mayo, pero además, *La Gaceta*, el periódico oficial de la revolución, se encuentra poco difundido, y con ello, se genera una dificultad más para estudiar y entender nuestra gloriosa insurrección.

En general, nos sirve ir a las fuentes primarias de información, y nada mejor que leer este periódico. La historia, son hechos analizados y juzgados con las herramientas teóricas y filosóficas que usamos, pero estas categorías generales, no pueden suplir el estudio y el análisis de los hechos. Con la modestia que tiene esta columna de divulgación, sugerimos encontrar y leer lo escrito por nuestros jacobinos de Mayo.

Venancio Barragán, un haragán creado por Vacarezza

En los últimos años de su vida, Alberto Vacarezza se volcó públicamente al peronismo, y sufrió el desdén de gran parte de la intelectualidad argentina, menosprecio similar al que padecieron Enrique Santo Discépolo y Homero Manzi.

Discépolo creó un personaje radial, Mordisquito, que con lenguaje popular, ponía en debate los grandes temas de la política. Vacarezza, en cambio, creó un personaje poético, Venancio Barragán, que encarnaba al oligarca, que no trabajaba nunca y vivía del pasto, la lluvia y las vacas de su familia.

Vacarezza había despilfarrado en el juego los derechos de autor de sus exitosos sainetes, y con el último aliento de su vida, creó a Venancio Barragán.

Sobre el peronismo encontramos una visión crítica en Cortázar, Borges y Bioy Casares, entre otros, y una mirada próxima en Walsh, pero muy poco se penetra en su producción literaria de 1946 a 1955.

Veamos entonces algunos versos de Vacarezza:

*“Si en los tiempos sesteadores, de la añeja oligarquía,
un vasto sector había y esto es mucho decir
condenado a producir, lo que el otro consumía.
Paisanos, juro por Dios y la virgen de Lujan,
que si hay un hombre haragán, es Venancio Barragán,*

*como nació en casa grande y es de abolengo muy rancio
se concibe que Venancio forme el núcleo infecundo
de los que vienen a este mundo,
extenuados de cansancio.*

Y es ese su cansancio, ...cansancio de descansar.

*Vos que no sos oligarca, ni naciste en cuna rica,
trabajá duro y parejo, que trabajar es vivir,
retirarse a descansar es prepararse pa' morir”.*

Vacarezza creó este personaje que no trabajaba nunca, parásito, un haragán de familia oligárquica, que consume lo que otros producen, sin aportar nada a la riqueza común. Al mismo tiempo, el trabajo y la producción de herramientas, mentados como un valor de las clases populares, eran un objetivo político del gobierno de la burguesía nacional, al cual estos versos ayudaban.

Las reformas al Código Civil

Las reformas al Código Civil se relacionan con momentos de la sociedad en los que aparecen intentos de implantar una nueva hegemonía, y la consiguiente disputa política.

Alberdi, con su formación historicista, era contrario a los Códigos. El Código único fue impuesto por los ingleses, los franceses y los Braganza (ex emperadores de Portugal, instalados en Brasil), como necesidad de dar seguridad a su comercio.

Vélez, un rosista converso, durante la presidencia de Sarmiento escribe el Código Civil; el Congreso lo vota a libro cerrado, y se prepara así parte de la estructura jurídica que facilita el posterior acople de la Argentina al naciente imperialismo en la década de 1880.

Un escritor peronista pudo decir, estudiando este fenómeno, que mientras Vélez es considerado el padre del Código Civil, los Braganza y los ingleses pueden considerarse sus abuelos.

Producido el golpe de 1930, el proyecto Bibiloni intentaba dejar de lado las pocas miradas nacionales y democráticas que el irigoyenismo había logrado introducir en la legislación civil.

En 1954, el proyecto de Llambías y Arauz Castex incorporó algunos conceptos de la Constitución de 1949. El golpe gorila de 1955 dejó este proyecto en un cajón.

Durante la dictadura de Onganía, la reforma Borda incorporó algunas instituciones del socialcristianismo, como la lesión enorme, la onerosidad sobreviniente, el abuso de derecho, etc.,

que trataban la protección de la parte más débil de un contrato. En la Argentina oprimida y dependiente, el contrato, institución básica de la burguesía, había entrado en crisis, y esta crisis debía reflejarse en la reforma al Código Civil.

El contrato entra en crisis en nuestros países oprimidos y dependientes porque las partes contratantes no son iguales, y porque la economía no es estable en el tiempo, con sus secuelas de inflación y ciclos. Para hacer frente a esa crisis aparecen dos respuestas políticas desde las clases hegemónicas en cada momento histórico: o arremeten dentro del contrato, limitando su libertad mediante topes a los intereses, prórrogas de orden público, prohibiciones etc., o mitigan las consecuencias de la desigualdad objetiva. La solución de la reforma de Borda se inscribió en esta segunda hipótesis.

El actual proyecto de reforma tiene algunos puntos positivos en el derecho de familia. Retrocede, en cambio, en su referencia a los pueblos originarios, con relación a la Constitución y al Convenio 169 de la Organización Internacional del Trabajo (OIT).

No aparecen en el proyecto herramientas para luchar contra la desigualdad: por ejemplo, en un país abundante en tierras, algunas en desuso, y otras acumuladas en pocas manos y extranjerizadas, no existe una sola referencia al derecho a la tierra para trabajar o para vivir. Tampoco contempla limitaciones al desalojo o la protección automática de la vivienda familiar.

El actual proyecto de reforma no toca el acceso al agua potable como derecho y crea un paraguas protector para los funcionarios corruptos, al limitar su responsabilidad civil por los daños cometidos en el ejercicio de sus funciones.

Artigas, los hermanos paraguayos y la Asamblea del año XIII

El Dr. José Gaspar Rodríguez de Francia, un criollo que encabezaba el movimiento liberador en Paraguay, instaura un gobierno patrio el 15 de mayo de 1811. En su primer bando proclama su voluntad de unirse a Buenos Aires y demás provincias, y utiliza el término *Confederación*.

Sin subordinarse a la autoridad de Buenos Aires, afirma que “...abolida o deshecha la representación del poder supremo, recae éste, o queda refundido en toda la Nación. Cada pueblo se considera entonces en cierto modo participante del atributo de soberanía”.

Luego de la muerte de Moreno, los acuerdos de Belgrano con el Paraguay fueron hechos trizas por las fuerzas hegemónicas en Buenos Aires.

Lo que pudo ser una confederación de pueblos libres, integrados y respetados mutuamente, se transformó en el Tratado de Amistad, Auxilio y Comercio, firmado el 12 de octubre de 1811 por el enviado de la Junta Grande y las autoridades del Congreso paraguayo.

La confederación se dejaba de lado, y se iniciaban relaciones entre dos Estados distintos. Muchos años después, Alberdi en el exilio, frente a la guerra de la Triple Alianza dirá: “*No es una guerra internacional, es la vieja guerra de Buenos Aires contra el interior*”.

Artigas, en sus instrucciones a los diputados para la Asamblea del año 1813, retomaba el concepto de confederación de los hermanos paraguayos.

En agosto de 1810, Mariano Moreno, en su Plan de Operaciones había afirmado que se podía confiar en Artigas. Tres años después, las masas campesinas, charrúas y de negros, dirigidas por Artigas, integrantes del éxodo del pueblo oriental frente a la entrega de Montevideo a los españoles, tomaban tierras, guerreaban y planteaban la necesidad de la Independencia, de la Confederación de pueblos libres, y de la libertad religiosa.

Ese movimiento profundo, inorgánico, asustó a la elite que había derrotado a Moreno en diciembre de 1810, y que curiosamente había logrado integrar bajo su dirección política a los morenistas sin Moreno de la Asamblea de 1813.

No solamente rechazaron a los diputados de Artigas a la Asamblea: lo dejaron solo en su lucha contra los portugueses. Estos, en 1820 lo derrotaron totalmente, provocando su exilio de 30 años en el Paraguay, donde muere en 1850.

El Gral. Paz lo encontró en la selva paraguaya, y en sus memorias cuenta el resumen oral que Artigas le hace de sus ideas políticas: se sintetizan en Confederación de pueblos libres, Independencia, y libertad religiosa.

A partir del fracaso de la Asamblea del año 1813 en lo que habían sido sus objetivos de afirmar la Independencia y redactar una Constitución, se acentúan mutaciones políticas. Por un lado, la idea federal, en manos de terratenientes semif feudales se convertirá en un instrumento para el aislamiento que facilitó

el mantenimiento de sus privilegios y el acrecentamiento de su base material y sus tierras.

También se produjeron algunos fenómenos de masas, que resistieron la prepotencia del puerto, de Inglaterra y de los terratenientes y tenderos de Buenos Aires y Montevideo, en distintos momentos históricos, a veces dirigidos por caudillos locales.

Por otro lado, las clases cultas miraban a Europa como modelo, se integraban a los proyectos de Inglaterra o de Francia, y dada su incompreensión del país real, recurrían a variantes del despotismo ilustrado.

El feriado del 31 de enero por el bicentenario de la Asamblea del año 1813 fue impulsado por el diputado radical Ricardo Gil Lavedra, y sorpresivamente la presidenta Cristina Fernández lo colocó en el temario de las sesiones extraordinarias y ordenó a sus legisladores votarlo.

Pero poco y nada de estas verdades históricas aparecieron en los homenajes oficiales. La política lo preside todo, incluso la investigación histórica. Las tesis positivistas y formas variadas del liberalismo político son adoptadas para la explicación del pasado argentino, cuando vienen bien para los objetivos de una nueva hegemonía.

La Asamblea del año 1813 y sus fracasos

El segundo Triunvirato se impone y asume luego de los acontecimientos que, con intervención de San Martín y de Alvear, lograron desplazar a Rivadavia y los miembros del Primer Triunvirato.

Reaparecen así en la escena política, aunque con menos fuerza, los sectores morenistas: Bernardo de Monteagudo, Manuel Moreno, Tomás Guido. Paso es el único cuadro político que continúa en ambos triunviratos.

El Segundo Triunvirato convoca a la Asamblea del año XIII, con el objeto de decretar la Independencia y darse una Constitución.

Ninguno de los dos objetivos se pudo realizar. Resulta necesario preguntarnos qué pasó, cuáles fueron las causas políticas, económicas y de clase que provocaron este fracaso (sin perjuicio de rescatar algunas medidas sobre la independencia y democráticas que la Asamblea logró imponer).

Dentro de los jacobinos de Mayo, y en el propio Moreno, había una incomprensión del federalismo, que a la postre devino en una incomprensión del papel de las masas campesinas y originarias en la revolución democrática.

Existía cierto recelo de clase hacia esas masas campesinas, que en el período de junio- diciembre de 1810 fue un detalle de menor importancia, pero que tres años después, llevó a un enfren-

tamiento con Artigas y aquellos federales que plantearon de una manera más concreta el tema de la tierra y la importancia de las masas campesinas y originarias en la revolución.

En las instrucciones de Artigas a los diputados para la Asamblea del año 1813 figuraban la sanción de la Independencia, la soberanía federativa de los pueblos y la más amplia libertad religiosa.

No fueron aceptados. Ni los diputados orientales, ni sus propuestas.

Estas limitaciones políticas colocaron a los resurgidos jacobinos de Mayo, objetivamente, bajo la dirección política de la elite de terratenientes y comerciantes porteños, inhabilitándolos para apoyarse en las masas rurales.

Los artiguistas fueron rechazados, la Independencia no se decretó y la Constitución fue postergada. A cambio, se pudieron dictar algunas medidas democráticas.

En el pensamiento político de Rousseau, que tanta influencia tuvo sobre Moreno y Paso, no es fácil encontrar ideas federales. No existen elaboraciones federales en el *Contrato Social*, que Moreno tradujo al castellano, ni en la Constitución que el ginebrino redactó para Córcega.

El propio Mariano Moreno vislumbró algunas ideas del federalismo, aunque las consideraba irrealizables por el momento. Escribió: “...*preservando para otro tiempo todo sistema federativo, que en las presentes circunstancias es inverificable, y podría ser perjudicial*” (“Sobre la misión del Congreso”, en *Escritos de Mariano Moreno*, publicados por su hermano Manuel Moreno en Londres, año 1836).

La necesidad de ver las limitaciones políticas que tuvo la Asamblea del año XIII forma parte de la reconstrucción de la verdadera historia argentina.

Índice

<i>Palabras previas del autor</i>	5
<i>La fiebre amarilla y la guerra contra el Paraguay</i>	7
<i>Mitre y el estado de sitio</i>	9
<i>La lección de un poeta</i>	11
<i>El general Gerónimo Costa fusilado en La Matanza</i>	13
<i>Francisquillo y el Desbande de Basualdo</i>	15
<i>50 años de la muerte de Aníbal Montes</i>	17
<i>Dos películas sobre los pueblos originarios</i>	19
<i>El compañero Anatole France en el Buenos Aires del primer Centenario</i>	21
<i>Clemenceau en Buenos Aires</i>	23
<i>Jean Jaures y Juan Bautista Alberdi</i>	27
<i>Alejo Peyret y Sarmiento</i>	29
<i>Miguel Navarro Viola, defensor de presos políticos durante el gobierno de Mitre</i>	31
<i>Alberdi y los "falsos liberales"</i>	35
<i>Sarmiento, Descartes y la Constitución</i>	37
<i>Tirando manteca al techo</i>	39
<i>Artigas en el Paraguay</i>	43
<i>La falsa historia es la base de la falsa política</i>	45

<i>El negro Ansina, lugarteniente de Artigas</i>	47
<i>Mariano Moreno y el decreto de supresión de honores</i>	49
<i>Guido y Spano, agitador en la revolución de 1848 en Francia.....</i>	53
<i>Escondieron el Plan de Operaciones de Moreno</i>	55
<i>El Plan de Operaciones de Moreno perturba a las clases dominantes</i>	59
<i>El fatídico 18 de diciembre de 1810</i>	63
<i>Un “ambigü” en el Regimiento de Patricios</i>	65
<i>Una carta de Belgrano a Moreno</i>	67
<i>II Cartas de Belgrano a Moreno</i>	69
<i>Belgrano le avisa a Moreno que lo espían</i>	71
<i>Manuel Moreno, amanuense</i>	73
<i>Embarcado rumbo a la muerte</i>	77
<i>María Guadalupe Cuenca</i>	79
<i>Cartas que nunca llegaron</i>	81
<i>Toussaint Louverture y la revolución de Haití</i>	85
<i>Alejandro Petión, otro patriota haitiano olvidado</i>	89
<i>Los estribillos populares y la historia argentina</i>	91
<i>De Pablo Neruda a Toussaint L’Ouverture</i>	93
<i>Sarmiento y el censo de 1869</i>	95
<i>Censos nacionales y política</i>	99
<i>Moreno y la minería</i>	101
<i>Que viva la pepa</i>	103
<i>Rafael del Riego, un general desobediente</i>	105
<i>Los retratos de San Martín</i>	107
<i>Cuando Alberdi conoció a San Martín</i>	111

<i>Quando Sarmiento visitó a San Martín</i>	115
<i>San Martín analista militar</i>	117
<i>San Martín llega a Buenos Aires</i>	121
<i>José Olaya, mártir de la guerra de la Independencia</i>	123
<i>A Sarmiento lo tomamos en serio</i>	125
<i>Una niña de Ayohuma mendigando en Buenos Aires</i>	127
<i>Juana Moro, la emparedada</i>	131
<i>El bloqueo francés de 1838</i>	133
<i>Petrona Simonino y las combatientes en la Vuelta de Obligado</i>	135
<i>Los sistemas electorales y la conformación histórica de La Nación Argentina</i>	137
<i>Sobre la Ley Sáenz Peña</i>	141
<i>Enchalecados desde el inicio</i>	145
<i>No permitas que nadie te cuente el Facundo</i>	147
<i>Algo más sobre el genocidio del pueblo paraguayo</i>	151
<i>El sordo de Obligado</i>	153
<i>Echeverría contra el “estilo de cliché”</i>	157
<i>Por qué no somos potencia industrial</i>	159
<i>Cristina Kirchner, la Constitución de 1949 y Arturo Sampay</i>	161
<i>Groussac, “un periodista de quinta categoría”</i>	165
<i>La revolución de 1848 vista desde el Río de La Plata</i>	167
<i>El Contrato Social y los revolucionarios de Mayo</i>	169
<i>Un cronista alemán en el viaje de don Pedro de Mendoza</i>	171
<i>Las originarias sometidas por la Conquista</i>	173
<i>Una carta de Artigas y los pueblos originarios</i>	175

<i>Originarios “exhibidos” en el Museo de La Plata</i>	<i>177</i>
<i>Artigas y las comunidades afro en el Paraguay</i>	<i>181</i>
<i>La penetración inglesa a mediados del siglo diecinueve</i>	<i>183</i>
<i>La Gaceta de Buenos Aires</i>	<i>187</i>
<i>Norberto de La Riestra, empleado de capitales ingleses</i>	<i>189</i>
<i>Moreno denuncia el colonialismo inglés</i>	<i>191</i>
<i>Venancio Barragán, un haragán creado por Vacarezza</i>	<i>193</i>
<i>Las reformas al Código Civil</i>	<i>195</i>
<i>Artigas, los hermanos paraguayos y la Asamblea del año XIII</i>	<i>197</i>
<i>La Asamblea del año 1813 y sus fracasos</i>	<i>201</i>